
LA CONSPIRACIÓN
DE THULE
TOLMARHER.COM

Table of Contents

LA CONSPIRACIÓN DE THULE

TOLMARHER

Título Original: Código Apocalipsis – La Conspiración de Thule

Número de Registro. M004319/2005

Contenido

Capítulo 1

"Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo."

Apocalipsis 8:113

El egipcio sacó un cigarro de una pitillera de oro, que guardaba bajo la gruesa piel de su abrigo largo y oscuro. A los ojos de cualquier transeúnte, se trataba de un excéntrico turista de algún país nórdico. Pues a pesar de que su piel cetrina le diera un margen razonable de duda, sus cabellos largos y lisos, de un tono castaño claro, combinados con sus ojos azul celeste, lo confundían sorprendentemente.

Hijo de un fugitivo británico y una bailarina de origen bereber, Selim era una excepción en sí mismo. Con aire pausado y tranquilo, el egipcio encendió el cigarro, saboreando cada calada con deleite, como si fuera la última. Aquella noche de mediados de febrero, en Madrid no hacía tanto frío como en los días anteriores. Sin embargo, un molesto viento surcaba veloz e intermitente por la ciudad dormida, ascendiendo por la calle de Joaquín Costa dirección a la Plaza de la República Argentina.

Con una sonrisa irónica en los labios, Selim contempló como el fuego se iba poco a poco tragando la Torre Windsor. Aquellas llamas ejercían una atracción hipnótica sobre él. Igual que un dragón escapado de una pesadilla infernal, las llamas multicolores se lo iban comiendo todo, lentamente, de arriba hacia abajo, con gula y soberbia lasciva.

Súbitamente sonó un celular. El egipcio tomó el móvil color mate de uno de los bolsillos de su abrigo, mientras seguía deleitándose con el espectáculo y el sabor del pitillo, ya medio consumido. Tras una breve discusión en un desconocido dialecto austriaco, colgó.

Poco a poco, cientos de personas se iban congregando en las inmediaciones. La mayoría eran jóvenes que habían salido de los bares de copas para admirar el macabro espectáculo. Una variopinta población alucinada, mezcla de asustados vecinos y risueños

adolescentes, decoraban las aceras colindantes.

Selim consumió definitivamente el cigarro y lo tiró a la carretera que ya había sido bloqueada por la policía municipal. Con aire aburrido, miró Cartier: la hora había llegado. Aquel carísimo reloj, no solamente mostraba su desahogada situación económica, sino que además siempre le traía dulces recuerdos de un pasado lejano, ahora borroso en su memoria. Igual que una sombra, desapareció entre las callejuelas circundantes, buscando entre penumbras la entrada convenida.

El egipcio no conocía el nombre de su contacto, pero sí sabía que venía bien recomendado, y que aceptaba dinero en metálico. Sin embargo, su rostro le era familiar porque le había visto una o dos veces en la prensa y en algún noticiario televisivo, como uno de los políticos integrantes de la comisión de investigación del 11M, lo cual no mencionó a su intermediario.

De repente, unos golpes le alertaron, la tapa de una cloaca cedió dejando salir a tres hombres vestidos de negro y con los rostros cubiertos por máscaras antigás. Tenían las ropas llenas de suciedad y manchadas de ceniza. A Selim se le antojó cómico el olor, mezcla de heces y chamusquina.

Uno de los hombres, el que parecía más fornido, se quitó la máscara. Se trataba de un hombre calvo que rondaba la cincuentena. Era de mandíbula cuadrada y tenía unos curiosos ojos negros que recordaban a los de una hiena. El egipcio no le había visto en su vida. Con una sonrisa triunfal, la hiena le tendió un maletín manchado al igual que ellos.

Esta vez, a Selim no le hizo mucha gracia el asunto. Sacó de sus ropas un pañuelo y asió el asa del maletín. En su lugar, entregó al hombre de mandíbula cuadrada las llaves de una furgoneta Mercedes con las lunas tintadas de negro, que estaba aparcada junto a ellos.

Tras intercambiar un par de frases en árabe, ambos hombres se

despidieron. Acto seguido, Selim salió de allí a toda prisa.

Cuando la hiena quiso darse cuenta, el egipcio ya había desaparecido de su vista, abandonando la pequeña calle, poblada exclusivamente por el lejano murmullo de las sirenas y el ajetreo de los servicios de urgencia municipales.

Tras un rato, cuando se aseguró de que no le seguía nadie, Selim se calmó. Dio un largo paseo hasta la glorieta de López de Hoyos. Allí tomó un taxi, perdiéndose en medio de la ciudad desvelada y confusa.

Capítulo 2

Recuerda cuando dijimos a Los Ángeles que se postraran ante Adán. Se postraron excepto Satanás, que dijo: Yo, ¿postrarme ante aquel que has creado de arcilla?

El Corán Sura XVII – El Viaje nocturno, (vers. 61)

Julia se dejó caer sobre el diván. ¿Por qué luchar? ¿Por qué seguir negando la realidad? El vacío le embargaba, como una tenaza de fuerza infinita que se apoderaba de su corazón, impidiéndola respirar. Sus irresistibles ojos color avellana brillaron por un instante, reprimiendo una lágrima. Suspiró, mientras continuaba escuchando los estúpidos consejos de su psiquiatra.

"Tunguska", aquella palabra rozó como en tantas otras ocasiones su acalorada mente; "Tunguska… Tunguska…", sonaba incesante en las paredes de su conciencia. ¿Se estaba volviendo loca? No podía parar aquello. Los fantasmas y el horror se estaban apoderando poco a poco de su cordura. Julia lo había probado casi todo: terapia, drogas, hipnosis inducida, pero el dolor no quería marcharse.

Junto al diván, Philippe tomaba notas como siempre, incansable, haciendo preguntas sobre sus angustias, sus sueños, sus anhelos. ¿Qué podía saber aquel loquero insensible sobre sus sentimientos? Él afirmaba que la comprendía, pero Julia sabía que no era más que otra frase hecha, que Philippe repetía una y otra vez a lo largo del día.

Las heridas físicas no eran nada en comparación con el sentimiento de pérdida. Tras los atentados del 11 de marzo, Julia había perdido a su hijo José de tres años y a su marido Pietro. Ella había sobrevivido gracias a que el cuerpo de su marido había servido de escudo humano entre la onda expansiva y ella, algo que no hacía más que agudizar su sentimiento de culpa. Y en aquel último instante, poco antes de perder la conciencia, momentos después de la explosión, Julia miró a los ojos moribundos de Pietro; se habían convertido en unos vacíos luceros de

la muerte, susurrándole entre estertores de dolor: “Tunguska”. Jamás le había contado a nadie aquel instante, jamás se había atrevido a indagar sobre el último mensaje de su marido y sin embargo, su sombra le perseguía al doblar cada esquina. En su interior sabía que aquella palabra encerraba un significado importante, un secreto que llevaba un año quemándola lentamente.

Julia tenía treinta años recién cumplidos. Su pelo era castaño y liso, cortado a media melena, su fino rostro estilizado, en combinación con su complexión delgada, le daban un aspecto de cristalizada fragilidad. Llevaba un traje cómodo y holgado color vainilla, a caballo entre la formalidad y el “business casual”, que delataba que había llegado momentos antes, directamente desde la oficina, donde Julia trabajaba como asesora fiscal. Pero engañaba a simple vista, su fuerza y su temple habían sido las principales razones que siempre esgrimía Pietro cuando ella le preguntaba sobre los motivos que le llevaron a enamorarse. ¿Qué importaba ahora todo aquello si se sentía la criatura más frágil e insegura del universo?

¿Cómo te sientes Julia? – Dijo Philippe recuperando su atención. Después de toda la monserga matutina, aquella pregunta tan sencilla le sacó súbitamente de sus ensoñaciones. Por primera vez durante la entrevista miró a los ojos de su psiquiatra.

Philippe había sido un salvavidas en medio de la tormenta, pues Julia jamás se abría a nadie; la familia, los amigos… Ante todos trataba de demostrar una entereza que ella sabía que no tenía. Aunque Julia entendía que no engañaba a nadie, se veía forzada a convertirse en la protagonista de una función teatral que nunca decidió interpretar.

Philippe se percató de la ansiedad de Julia. Dejó su cuaderno y su pluma sobre el escritorio, junto a su butaca, y se levantó en dirección a su paciente. Con una sonrisa paternal acarició su mejilla. A un guiño de Philippe supo inmediatamente que debía utilizar la respiración

para alejar de su mente los fantasmas que la atormentaban.

Por un instante Julia cedió a la fantasía y pensó que tal vez en otra vida se hubiera enamorado de aquel hombre cariñoso y atento. ¿Qué tal amante sería? Aquel pensamiento le aturdió haciendo regresar para sí la culpabilidad –"Tunguska" le susurró la voz de Pietro desde el recuerdo... ¿Había olvidado a su hijo y a su marido? ¿En qué demonios estaba pensando?

Por un momento Philippe, abandonó su papel de médico y pensó en Julia como una mujer. Aquella fragilidad le resultaba encantadora. Sin quererlo, desvió su vista hacia los pechos de su paciente; no eran muy grandes, pero tenían una forma tan perfecta que atraían la atención. Philippe era natural de París, hijo de un diplomático francés y una abogada española, que se había educado en medio de las dos culturas. Residía en Madrid desde los cuatro años, y había hecho de España su hogar. Porque, aunque hablaba perfectamente la lengua paterna, pensaba en castellano. Había dejado en un pequeño conocimiento ocasional la geografía de su tierra natal, supeditada a esporádicas visitas navideñas y ocasiones especiales en las que visitaba su París natal. Era alto, de rasgos angulosos y marcados. Sus años de deporte en la universidad se evidenciaban en su complexión atlética. Su pelo de color negro lo llevaba cortado casi al cero, más por comodidad que por otra cosa. Llevaba unos pantalones vaqueros gastados y un jersey de lana color madera, que le conferían un aspecto juvenil, que encubría sus treinta y nueve años recién cumplidos.

Julia se vio embargada por un torrente irrefrenable de pasiones incontroladas. La culpabilidad y la angustia le llevaron a la vacilación; quería huir de sí misma; quería salir de aquel lugar. –"Tunguska". Con un movimiento brusco que asustó a Philippe, Julia le apartó de sí y salió corriendo, dejándole solo, totalmente aturdido. "¿Qué había pasado?" se dijo así mismo. Algo había cambiado súbitamente entre ellos dos aquella tarde.

La relación entre ambos venía de casi un año atrás, cuando a través de un servicio público de coordinación, su caso fue remitido a su consulta, como el de tantos otros afectados por la catástrofe de los atentados del once de marzo. Philippe había conocido a muchos afectados por la tragedia. Lograba aislarse, creando una coraza entre ellos y su alma, pero con Julia no podía. Algo la hacía diferente a todos los demás y sin embargo, si alguien le hubiera preguntado que era, Philippe jamás hubiera podido contestar.

Como en tantas otras ocasiones se sentó en su mesa, encendió su ordenador portátil y buscó la ficha de Julia en su programa de gestión de visitas. A la referencia del día agregó un pequeño comentario: “No se aprecian progresos significativos en la paciente…”

Capítulo 3

"Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios"

Apocalipsis 16:121

Aún se distinguía la cortina de humo superponiéndose sobre el horizonte desierto, cuando el sargento Harry Williams del cuerpo de Marines de los Estados Unidos de América se giró para contemplar el lugar del impacto. Era un hombre corpulento, de raza negra que rondaba los cuarenta años, aunque su profusa musculatura y su cuero cabelludo, totalmente afeitado, podían engañar a cualquiera. Tenía experiencia en casi todos los conflictos armados en los que habían intervenido las fuerzas armadas de su país en los últimos veinte años, pero nunca se había visto sometido a un accidente de tanta gravedad. A pesar de ser el único superviviente del impacto no se sentía como tal.

Harry había conseguido salir por su propio pie del helicóptero siniestrado. Era consciente de que no llegaría muy lejos. Su uniforme estaba casi carbonizado, tenía importantes quemaduras y también, había perdido mucha sangre debido a los pedazos de metal incrustados por todo su cuerpo. El sargento sabía que se encontraba a unos veinte kilómetros al oeste de la ciudad de Kerbala, en pleno desierto de Irak. Pero en las condiciones en las que se encontraba le era imposible pensar, y mucho menos, intentar orientarse. Sabía que no tardarían en venir en su busca. Sin embargo, el peligro era grande, pues el grupo de resistencia rebelde que había derribado su helicóptero de patrulla, no desperdiciaría la oportunidad de venir en busca de algo de carroña. Debía alejarse lo más rápido posible y buscar un refugio a la sombra, para protegerse del abrasador sol del desierto.

El dolor iba poco a poco adueñándose de sus extremidades, como

una tenaza sombría a caballo entre la llama y el hielo. Una pequeña cadena montañosa, en la que él calculó dirección norte desde el punto del impacto, la fijó como la mejor de las elecciones posibles. Aquel desierto de tierra dura, le hubiera facilitado el paso si sus piernas respondieran como es debido, pero no era así. La cabeza le daba vueltas y el dolor era casi insoportable. Sin poder evitarlo, el pie se le coló en un pequeño bache pedregoso haciéndole desplomarse por completo. El punto donde tropezó, daba inicio a un extraño desnivel en medio de la planicie que ocultaba su interior. Al caer, Williams comenzó a rodar loma abajo hasta ir a parar a una pequeña zanja resguardada del sol, donde perdió definitivamente el conocimiento.

Se despertó poco después del anochecer. Se encontraba débil y sediento, pero aún seguía vivo. Tembloroso, trató de incorporarse.

La luna resplandecía majestuosa en el horizonte iraquí, igual que una perla helada. No era ningún experto, pero muy pronto se percató de que aquel montículo por el que había caído, no era un accidente geográfico natural. Algunos ladrillos a cara descubierta, denotaban a primera vista una estructura semienterrada de colosales proporciones. Sin duda, en otro momento, aquel descubrimiento hubiera representado toda una aventura, pero ahora, el único pensamiento del sargento era luchar por sobrevivir en un entorno totalmente hostil.

Luchó como pudo por salir del montículo y volver a intentar orientarse. Pero, aunque la luz lunar era suficiente para poder andar con comodidad, no alcanzaba a mostrarle la cadena montañosa que había localizado antes de tropezar. De repente, un gruñido alertó al sargento. Cuando quiso darse cuenta, se encontraba rodeado por una manada de lo que le parecían perros lobos. Sin embargo, su gran tamaño y su pelaje grisáceo le hacían dudar de que se tratara de una especie canina que hubiera visto antes. ¿De dónde habían aparecido? ¿Habían olido su sangre?

Cuando se daba ya por muerto, aquellos animales que parecían

surgidos del infierno, miraron al cielo, y acto seguido desaparecieron gruñendo en medio de la noche. Una vez más, había salvado la vida. Súbitamente, un zumbido estruendoso interrumpió en la calma del desierto. El terror dio paso a la tranquilidad cuando Williams identificó aquel ruido. –"Los iraquíes no tienen helicópteros "se dijo para sí.

Cuando el foco de la patrulla de rescate iluminó al único superviviente del impacto, un pensamiento efímero rondó su mente: "¿A quién demonios se le ocurriría construir nada en medio de aquel infierno?". Una hora después, Harry Williams era devuelto a la seguridad de su acuartelamiento en Kerbala.

Capítulo 4

“Las nociones del bien y del mal, son innatas en el alma humana.”

Sócrates. (470-399 a.C.)

El cielo catarí era azul, limpio y brillante, como sacado de un idílico fondo de escritorio para Windows. Un helicóptero blanco, recorrido por una línea roja metalizada, sobrevoló una de las trescientas islas artificiales privadas, que emergían a ocho kilómetros de la costa de Dubái, capital de Catar, en pleno golfo Pérsico. Tras algunas maniobras rutinarias de aproximación, el piloto se decidió a aterrizar en un improvisado helipuerto, rodeado de césped. De allí, partía un camino solado en madera rústica, que serpenteaba por la diminuta isla, hasta su mismo centro, donde se alzaba una impresionante mansión de paredes blancas y lineales estructuras, rodeada de centenares de palmeras.

Tras el aterrizaje, cuando el helicóptero paró definitivamente sus hélices, el piloto se percató de que alguien había salido a recibirles. Un hindú alto y delgado, de piel cetrina, les vigilaba justo donde el camino de madera desaparecía, en su unión con la pista de aterrizaje. Iba ataviado con un elaborado turbante de color rojo, cuidadosamente enrollado desde su frente, contrastando con su uniforme blanco y abotonado.

El piloto reconoció inmediatamente la secta original de aquella indumentaria. Se trataba de un Sikh, fieles pertenecientes a una extraña religión hindú, especie de culto monoteísta guerrero, que surgió como mestizaje, entre el hinduismo y las corrientes islamistas que invadieron la India. Paradójicamente, los Sikh surgieron como un movimiento de identidad religiosa pero profundamente nacionalista, con el objetivo firme de luchar contra el invasor musulmán. El piloto había estado en la India en numerosas ocasiones, y conocía perfectamente la manera de ser de aquellas gentes. Los Sikh eran leales y tenían un elevado código ético y estricta moral. El que uno de

ellos estuviera allí, le sorprendió profundamente.

El helicóptero se abrió y de él salió un hombre encorbatado, vestido con un elegante traje negro de diseño. Cubría sus ojos con unas estilizadas gafas de sol que no permitían distinguir el inicio de la montura del comienzo de la lente. El ejecutivo, portaba un maletín de color plata que reflectaba bajo el sol abrasador, produciendo un desagradable efecto óptico. El Sikh hizo una reverencia al occidental y con un gesto cortés, le indicó que le siguiera.

El piloto no conocía a su pasajero. Le había identificado como alemán por su acento, solamente sabía que le había pagado bien y que no respondía a casi ninguna pregunta. Los dólares del extranjero, el traje de diseño, su rostro surcado por incipientes arrugas, el pelo canoso y perfectamente peinado, todo ello le decía que se trataba de un hombre de unos cincuenta y tantos años, bastante metódico, acostumbrado a dar órdenes y al que no le faltaba de nada. En realidad, aquel personaje le infundía algo de miedo. El piloto debía permanecer en el aparato el tiempo que fuera, esperando a su cliente. Tenía orden expresa de no pisar tierra firme bajo ningún pretexto.

Finalmente, el Sikh y su cliente desaparecieron de su vista en medio del palmeral. El piloto resopló con aire de resignación. Era un militar retirado, que trabajaba en una compañía de taxi aéreo para turistas millonarios. Después de numerosos años trasportando excéntricos personajes, este era sin duda uno de los servicios más raros que había tenido que prestar nunca, y no por el hecho de aterrizar en una de las elitistas islas privadas de la zona, sino por todo el secretismo con el que la empresa había llevado la contratación del trabajo, y la recomendación personal del director, de agradar y colaborar totalmente con el extranjero. ¡El director en persona!, al que solamente veía en vísperas del Ramadán para felicitar a los empleados.

Hermann Higgins entró en el salón central de la mansión,

antecedido por el mayordomo Sikh. Tras una nueva reverencia, él se quedó solo. Hermann sintió el alivio del potente aire acondicionado que hacía de refrescante pulmón para toda la casa, llevar traje y corbata en medio de aquel infierno soleado, era una tortura extra con la que no había contado, si bien y por delante del malestar, la causa y las formas lo eran todo, y aquel calor insoportable no iba a acabar con su disciplina espartana. Por un instante, reprogramó sus ideas y dejó de pensar en el horrible calor que había pasado mientras seguía al Sikh hasta la casa.

Higgins examinó la estancia. Una mesa de cristal baja, un gran televisor plano con pantalla de plasma, espléndidos butacones de cuero acolchados, haciendo juego con ellos, un par de grandes sofás, majestuosas estanterías de madera de cedro repletas de libros de todas las clases y tamaños, y todo tipo de ornamentos artísticos y religiosos sacados de las cuatro esquinas del mundo: lanzas y tambores africanos, mantos y dagas de los tuareg, cruces ortodoxas, campanas y manuscritos malayos en sánscrito, estatuillas incas y aztecas, una espada toledana, escudos ingleses y pinturas flamencas. Aquella sala era un verdadero museo de inagotable y sorprendente belleza. Estaba cortada por una falsa pared de cristal que daba acceso a una gran piscina, que parecía ser el centro de la casa. Hermann se preguntó cómo sería el resto de la mansión.

Cuando aún no había asimilado el espectáculo visual que se extendía frente a sus aturdidos ojos, alguien, detrás de él, le llamó por su nombre de pila, haciéndole volverse inmediatamente. Un hombre calvo como una bombilla, de complexión gruesa y gafas traslúcidas, que iba ataviado exclusivamente con un albornoz, estaba frente a él. Higgins no le había oído llegar. Parecía que acabara de darse una ducha o salir de la piscina. Debía rondar los ochenta años. Se fijó en su mano. Tenía puesto un grueso anillo de oro grabado. Aquella magnífica joya tenía un símbolo muy familiar para Higgins: un

ochenta y ocho, encerrado dentro de un círculo. Instintivamente miró su propia mano, observando otro anillo idéntico: hasta ese momento, solamente había visto a otra persona que portara aquel tipo de anillo.

-

Me alegro de verle Higgins. Al fin nos conocemos.

-

Es un honor para mí conocerle, señor – respondió Hermann, sin tratar de ocultar la emoción que le provocaba aquel encuentro.

-

He oído hablar muy bien de usted y de sus magníficos trabajos en el campo del espionaje.

-

Gracias, señor.

-

Creo que su sistema de reclutamiento de agentes, y posterior entrenamiento, ha marcado un antes y un después en nuestra organización. El Consejo está muy satisfecho con su trabajo.

-

Es un honor oír estas palabras de usted.

-

No son halagos Hermann. Se trata de hechos consumados. Necesitamos fortalecernos desde la raíz al tronco. Sangre nueva Hermann, sangre nueva.

-

Estoy totalmente de acuerdo, señor.

-

¿Lo ha traído? – le interrogó el anciano, señalando, tembloroso, el maletín. Así es. Perforamos el sistema de seguridad de “Los Nueve”. Hemos recuperado lo suficiente. Nuestro agente provocó un incendio en la torre Windsor de Madrid para evitar sospechas o miradas hacia nosotros.

-

Excelente. Felicite a su agente de mi parte. Por lo que he oído, debe tratarse de un hombre excepcional. ¿Es aquel al que llaman “El Egipcio”?

-

Sí, Selim es uno de nuestros mejores agentes. Lo ha organizado todo con precisión y un exquisito cuidado. Gracias a la colaboración de algunos políticos locales, el asunto será tapado en breve.

-

Entonces… ¿lo tiene? – el anciano dibujó una maliciosa sonrisa en su rostro, que le arrugó la cara, confiriéndole cierta apariencia de gárgola demoníaca.

-

Sí, Gran Maestre, lo tengo.

-

¿Sabe cuánto tiempo hemos estado esperando este momento?

-

Lo sé. Sesenta largos años.

-

Sesenta malditos años que por fin ven la luz después de una horrenda travesía de oscuridad. Esto lo hubiera cambiado todo hace sesenta años.

-

Volveremos a ser grandes.

-

Puede estar seguro Higgins. Y todo gracias a la unión y resurgimiento de las Dos águilas, las sociedades de Vrill y Tüle caminarán como una sola, y llevarán a la raza a un segundo despertar. Ahora solamente nos queda terminar la tarea: recuperar los fragmentos que faltan.

-

Sí, Gran Maestre. Lo haremos.

-

Ponga al egipcio... ¿Cómo se llama?

-

Selim.

-

Ponga a Selim tras la pista de la célula que ha despertado en Madrid.

-

Enseguida daré el aviso. Pero creo que debo decirle que en el fondo hay algo que me preocupa.

-

¿Y qué es? Dígame, mi buen Higgins.

-

El conocimiento o la conciencia. ¿Tendremos lo suficiente para controlar la caja de Pandora que vamos a abrir?

Capítulo 5

“No sacaré, ni devastaré las aldeas de los mazdeos, ni condescenderé con el amor al cuerpo y a la vida.”

Fragmento del Yasna 12. I,

El Avesta

Tras coger un autobús desde la avenida de América y darse la caminata de costumbre, Julia consiguió regresar a casa. Vivía en una comunidad vecinal de nueva construcción a las afueras de una de las grandes ciudades dormitorio del sur de Madrid. Sin duda alguna, le hubiera sido más fácil coger el coche, pero odiaba el tráfico de la capital, y la opción del tren siempre seguía ahí, disponible, aunque Julia aún no se había atrevido a acercarse a una estación. En algún lugar recóndito de su conciencia, sabía que aquel medio de transporte, aunque más rápido y cómodo que el alternativo autobús, le había quedado vedado para siempre.

Una vez más, aquel fatídico día regresaba a su memoria, reviviendo cada segundo con arisco dolor. Era como si todo se hubiera conjurado contra ellos. El coche no funcionó, le tocaba llevar a José a Madrid para una consulta con el pediatra. Sin poder preverlo, toda la familia se embargó de muerte en aquel tren.

Julia entró en la cocina. Se quitó la chaqueta y la dejó apoyada sobre una silla. Como si se tratara de un ritual inconsciente, encendió la televisión sin prestar atención al programa que emitían, mientras comenzaba a hacerse la cena. No supo cómo, pero cuando quiso percatarse, había preparado unos espaguetis al estilo milanés que tanto le gustaban a su difunto marido. No había preparado aquella comida desde hacía más de un año. ¿Por qué ahora? Lo había hecho sin pensar. Por un momento, recordó a aquel joven italiano de ojos azules y sonrisa eterna que había sido su marido. Había llegado a trabajar a España de mano de una consultora inglesa unos años atrás

y, tras conocerse en un pub de la zona de Huertas, habían empezado a salir juntos. Aquel chico alegre y misterioso había enamorado rápidamente a la por entonces Julia universitaria, que muy pronto luchó por formalizar su relación.

Pietro no tenía familia, no le esperaba nadie en Italia, le había dicho. Era huérfano de padre y madre y no tenía hermanos o algún otro tipo de pariente. Rara vez le contaba algo a Julia sobre su vida en Italia, era muy reservado con su pasado. A Julia siempre le había dado la impresión de que le ocultaba algo, pero nunca se atrevió a violar esa parcela de su intimidad. En menos de un año los amigos de ella se convirtieron en sus amigos y la familia de Julia en la suya propia. El pasado de su marido, quedó enterrado en medio de una gran laguna de vagas referencias y tristes anécdotas de un orfanato milanés.

Julia se preparó un buen plato de pasta y el resto lo dejó en la olla. Había hecho demasiada comida; tendría espaguetis para cenar dos o tres noches más. Sentada frente al televisor de la cocina, trató de concentrarse en uno de esos programas de telebasura, donde unos y otros se dedicaban a acusarse e insultarse aireando todo tipo de trapos sucios, dando un espectáculo vergonzante que encantaba a una idiotizada audiencia, que engordaba las carteras de los magnates televisivos.

Repentinamente, algo puso en guardia a Julia. La puerta de la cocina estaba abierta. Había percibido un movimiento por el rabillo del ojo mientras veía la tele, o al menos eso le parecía. Lo dejó pasar, pero luego creyó oír un ruido en la habitación que habían usado de despacho Pietro y ella. Asustada y algo confusa, salió al pasillo, comprobando con horror, que una luz azulada salía de la habitación de aquella habitación. Entró en la cocina y tomó un cuchillo. Despacio y con sigilo se aproximó al despacho, de donde seguía saliendo aquel brillo azulado, aunque la luz de la habitación estaba apagada.

Bruscamente giró, superponiéndose a la puerta. Cual no fue su

sorpresa, cuando se percató de que el portátil de Pietro se estaba iniciando solo. Aterrada, encendió la luz y después recorrió el resto de habitaciones, examinándolo todo y cerciorándose de que nadie, salvo ella, estaba en la casa. Cuando recuperó algo su auto control, regresó al despacho. Una vez frente al ordenador de su marido, comprobó con asombro un mensaje en inglés sobre pantalla azul: “Arranque programado; por favor, introduzca clave”.

Aunque lo había traducido casi automáticamente, Julia recordó que su inglés no era todo lo bueno que siempre hubiera deseado, algo que Pietro le reprochaba con frecuencia. Nunca antes, Pietro le había dado la oportunidad de escudriñar en su ordenador, era algo en lo que su marido siempre había sido inflexible con ella. “Manías de informáticos”, se había dicho a sí misma, recordando las advertencias de sus amigas al comunicarles que estaba saliendo con un programador –“están todos locos” le había dicho una, “son muy raros y visten fatal. No soportan el orden y tienen gustos infantiles” le había comentado otra. Los viejos temores, sobre la vida pasada y oculta de su marido, le resurgieron de repente.

El ordenador, había encendido igualmente el módem router que tenían para conectarse a Internet, esperando la introducción de la clave de acceso, para iniciar un proceso que implicaría la conexión a Internet de la máquina, y que seguramente, había sido programado por su marido hacía más de un año. Tres horas después, Julia lo había probado todo: aniversarios, lugares especiales en su relación, nombres de familiares, amigos, películas favoritas, equipos de fútbol. ¡Todo! Pero no daba con la clave de acceso. Aquella noche se le hizo eterna. Finalmente, se quedó dormida frente al ordenador.

Un sábado más, amaneció sola en su apartamento, aunque algo había cambiado esta vez. Cuando sus arrasados ojos se abrieron, seguía convencida de querer averiguar el secreto que Pietro le había ocultado. Costará lo que le costará. Cinco horas después, todo seguía

igual. Tan solamente el humor de Julia había empeorado. Pero la escena se situaba exactamente igual, ella y un frío artefacto que guardaba la única pista sobre la olvidada identidad de su difunto marido.

De repente llamaron al timbre. Julia maldijo a Pietro por sus secretos y dejó la habitación para ir a abrir la puerta. Quedó sorprendida al encontrarse a un preocupado Philippe, frente a ella.

-

Me preocupé por tu forma de irte el otro día. – dijo él, rompiendo el silencio y la estupefacción de Julia.

-

¿Cómo me has encontrado? – consiguió al fin, articular ella.

-

Bueno… tengo tu historial y… ¿si quieres me voy?

-

No, no… espera – dijo ella, mientras notaba que el pulso se le iba acelerando. Aquel hombre le atraía profundamente.

-

Bien… ¿Vamos a hablar en el descansillo o me invitas a pasar?

Julia se rió por su torpeza, y lo subsanó tirándose a los brazos de él. No supo cómo, ni porqué, pero cuando quiso darse cuenta, estaba abrazada a Philippe en el sofá del cuarto de estar. Philippe fue tierno y delicado. No quiso precipitar los acontecimientos, y como buen conocedor de la psique humana, no forzó la situación para evitar un posible arrepentimiento posterior de Julia.

Un poco después, cuando la tensión sexual se había suavizado y ambos se encontraban en silencio, uno frente al otro, Julia optó por desahogarse con Philippe, y terminar la sesión que había interrumpido el día anterior. Por primera vez, los últimos momentos de la vida de su marido afloraron en la conversación. Julia se desquitó de sus miedos y confió todas sus angustias a los cálidos brazos de Philippe.

Tras un par de horas, Julia empezó a experimentar la liberación de haberse quitado un terrible peso de encima.

-

¿Y dices qué no puedes encontrar la clave de acceso? –le interrogó al fin Philippe.

-

No, lo he probado todo.

-

¿Has probado la “palabra”?

-

¿Qué palabra?

-

La que dijo tu marido tras la explosión, esa que nunca quisiste decirme.

-

¿Te refieres a la última palabra que dijo Pietro antes de morir?

-

Sí, esa.

-

No, no la he probado.

Ambos se miraron fijamente, como unidos por un enlace mental. Súbitamente, se levantaron a la vez y Julia, con aire renovado, se sentó frente al ordenador de Pietro. Philippe se quedó ella, sosteniendo sus hombros. Temblorosa, Julia escribió en el teclado: “Tunguska”. Y el ordenador inició la sesión.

Capítulo 6

"El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo"

Apocalipsis 9:121

Julia apenas podía creer lo que veían sus ojos. Ella y Philippe se encontraban hipnotizados ante el flujo y la actualización constante de pantallas en el escritorio del monitor del ordenador; planes de viaje, movimientos de cuentas bancarias, envío masivo de correos electrónicos y recepción de paquetes de datos encriptados. Aquella máquina infernal parecía haber cobrado vida propia.

De repente, como un relámpago, toda actividad cesó. Frente a ellos, quedó inmóvil un listado de hoteles, con sus reservas y billetes de avión para tres personas.

-

Parecen planes de viaje. Tienen incluso los números y claves para reclamar los billetes en aeropuertos, hoteles, estaciones ferroviarias. Jamás había visto nada igual – Philippe tenía los ojos abiertos como platos.

-

¿Para tres personas?

-

Tu marido, tu hijo y tú.

Aquellas palabras causaron un leve silencio en Julia.

-

Sí… quizás, o quizás no.

-

Tal vez se reservaba este momento y no te dijo nada.

-

Quizás lo tenía pensado desde antes de que nos conociéramos.

-

Esto es muy extraño Julia, pero seguro que tiene una explicación lógica.

-

¿Por qué? ¿Por qué habría de tenerla?

-

No te entiendo.

-

La vida de mi marido es un misterio para mí. Incluso su aparición, su pasado…, el dolor retornó al pecho de Julia.

-

Tranquilízate, te ayudaré a descubrirlo.

-

¿Descubrirlo?

-

Sí. Tú necesitas saber quién era tu marido, el porqué de esa palabra antes de morir y no un “te quiero” o algo no sé, normal, si es que se puede decir algo normal a la hora de morir.

-

Pero ¿qué propones que hagamos?

-

Tomar unas vacaciones, coger esos planes de viaje y seguirlos. Tal vez descubramos el propósito de tu marido, saber quién era realmente. Tal vez así, puedas perdonarle y perdonarte a ti misma y seguir con tu vida.

La semana siguiente fue muy dura para ambos: Precipitadas peticiones vacacionales en el trabajo, ajustes en las cuentas bancarias e investigación. Dos semanas después del reinicio del portátil, partía el primer vuelo con destino a El Cairo. Tras el análisis de los primeros datos, descubrieron una especie de programa de localización. Aquel aparato resultó ser el ordenador portátil más avanzado que jamás había visto Philippe. Cuando quiso fijarse, comprobó con asombro que

carecía de identificador de marca, código de barras o cualquier otro signo que diera cuenta de su procedencia. Al parecer, el programa de localización indicaba una dirección y una hora concretas. En mapa digital mostraba como encontrarse con una persona a la que habían de dar una clave de forma verbal: “Ashoka”.

Los mensajes en pantalla lo dejaban todo muy claro: café Fishawi o “café de los Espejos”, en el mercado de Jan al Jalili, junto a la plaza y mezquita de Hussein, en la ciudad de El Cairo. Aquella precisión y planificación, les empezó a resultar abrumadora.

-

Este lugar, el café de los Espejos es famoso. Creo recordar que es donde el Premio Nobel de literatura, Naguib Mahfuz, ambientaba la mayoría de sus novelas, dijo Philippe.

-

Y la clave “Ashoka”, ¿te suena? –preguntó Julia

-

Sí… espera… ¡Ya lo tengo! ¡Joder, cuánta información inconexa de una vez! Creo que Ashoka fue el primer emperador hindú que se convirtió al budismo.

-

Ahora mismo, sí que puedo afirmar que no tengo ni idea del tipo de asuntos en que estaba metido mi marido.

-

Algo muy raro Julia. Pietro debía pertenecer algún tipo de organización o asociación ocultista o quizás…

-

Dilo…

-

Quizás a alguna secta.

-

¿Olvidas que conviví durante años con él?

-

No, pero a la luz de las cosas que estamos encontrando, empiezo a dudar.

-

Si Pietro hubiera tenido alguna tendencia sectaria u ocultista, ¿no crees que yo me hubiera acabado por dar cuenta?

-

Te sorprendería conocer los perfiles psicológicos de bipolaridad con los que me he llegado a topar.

-

Pietro no era bipolar ni tenía desdoblamientos de personalidad.

-

Una vez leí un artículo en una revista científica, que hablaba de dobles personalidades latentes y dormidas.

-

¿Cómo si un segundo Pietro esperara resurgir?

-

Quizás él no sabía, o no recordaba quién era realmente. Me dijiste que jamás profundizó en su vida previa en Italia.

-

Así es.

-

Todo es posible.

-

Bueno. De momento no quiero pensar en eso.

-

De acuerdo Julia. No entraré más en eso, de momento.

-

¿Y qué ocurrirá cuando le entreguemos la clave a esa persona? –preguntó Julia.

-

No tengo ni idea.

-

Bueno, creo que no tengo nada mejor que hacer que descubrirlo, aunque me da un poco de miedo.

-

Tranquila Julia, estaremos juntos.

A pesar de las reticencias de Julia, Philippe le consiguió convencer para buscar la ayuda de una tercera persona. Aprovechando el número de plazas disponibles para el viaje, Philippe llegó a la conclusión de que, un refuerzo adicional no vendría mal para un viaje tan pintoresco y quizás peligroso. A pesar de que hacía más de cinco años que no se veían, había conservado el contacto de un viejo compañero de instituto, que actualmente ejercía como decano en la Facultad de Historia de la Universidad de Salamanca.

A Alejandro Mata le gustaba que le llamaran Alex. Solamente su círculo privado, claro está, puesto que para sus alumnos era don Alejandro, algo que infundía una mezcla de respeto y comicidad entre los estudiantes salmantinos. Alex era un apasionado de las culturas orientales, uno de esos ratones de biblioteca, enamorados del mundo esotérico y antiguo. En la época en que Philippe y él habían compartido aula, Alex era un bicho raro que apenas se relacionaba con nadie. Por aquel entonces, el compresivo Philippe había sido su tabla de salvación, ante las burlas y críticas de los otros estudiantes.

Su aspecto era ciertamente estrambótico: canosas greñas a media melena lucía, además, una frondosa barba del mismo color. Gastaba unas gafillas redondas que le daban apariencia de científico loco. Pero eso no era todo, remataba su aspecto vistiendo con un pésimo gusto, con una extraña mezcla de hortera británico y de pueblerino de los páramos castellanos. No era muy alto y su incipiente chepa, se conjuntaba a la perfección con una barriguilla cervecera, cuidada con

esmero en las tascas salmantinas anexas a la universidad. A pesar de su apariencia torpe y desgarbada. Alex era considerado en los círculos académicos, como una eminencia a tener muy en cuenta en todo lo que hiciera referencia a lenguas muertas, mitologías y simbologías orientales.

Cuando Philippe le telefoneó proponiéndole e informándole de la aventura más descabellada que había oído en su vida, Alex no se lo pensó dos veces. No solamente se trataba de la oportunidad de viajar gratis a sitios exóticos con los que siempre habían soñado, sino que, además, era la oportunidad de ayudar al mejor de sus amigos y para él, eso era algo muy importante.

A dos días de su partida, el piso de Philippe se había convertido en el centro de operaciones de los viajeros. Hacía cinco días que Julia se había mudado a la habitación contigua al dormitorio de él. Al principio, a Julia le chocó el aspecto de Alex. No alcanzaba a entender bien a aquel hombre de toscos modales y, sin embargo, elevado nivel cultural, como si aquella combinación no fuera posible. Pero el inquilino del sofá de Philippe, llegó a cautivarla con un enigmático atractivo que Julia no alcanzaba a comprender.

Aquella noche encargaron unas pizzas, mientras repasaban los itinerarios en el portátil de Pietro, especulando sobre el origen de aquellos planes de viaje.

-
Esa palabra… “Tunguska”, me suena mucho, pero no consigo recordar de qué. – dijo Alex, mientras masticaba un trozo de pizza tres quesos.

-
Parece una palabra eslava – comentó Philippe, mientras se servía un buen vaso de coca cola.

-
Os agradezco que me acompañéis. Ahora creo que tengo fuerzas para afrontar lo que sea, comentó Julia.

-

Sabes que estamos contigo – dijo Philippe, apoyando su mano en el hombro de ella.

-

Si os digo la verdad, creo que estamos locos. Pero ¿qué demonios? En esta época solamente tengo que revisar calificaciones e informes de rendimiento muy aburridos, intervino Alex.

-

¿A eso te dedicas ahora?
Philippe se rio, haciendo una mueca burlona.

-

¡Eh! No te rías "comecocos" de tres al cuarto.

-

Vale chicos. No quiero hacer de madre con vosotros

-

¡Espera! – Alex se puso de pie de un salto, dejando caer al suelo todas las migas del pan de pizza que decoraban sus pantalones de pana.

-

¿Qué ocurre Alex? – le interrogó Philippe sobresaltado.

-

Ya lo tengo. Tunguska es el nombre de una remota región siberiana.

-

¿Siberia?

-

Sí, Siberia. ¿Y a qué no sabes por qué es famosa?

-

¿Por comer pizza sin llenarlo todo de migas? – sentenció Julia, sin poder evitar reparar en la sucia glotonería de Alex.

-

Las mujeres y su divina virtud para hacernos bajar de las nubes.

Apuntó Philippe entre una sonrisa, que quedó ahogada por la mirada fulminante de Alex.

-

No, graciosillos. ¿Queréis que os lo cuente o no?

-

Por supuesto que sí, Alex. Perdóname – le rogó Julia ofreciéndole la mejor de sus sonrisas.

-

Esta bien, pero solamente porque me caes bien Julia – dijo Alex guiñando un ojo, gesto que ruborizó a Julia – Tunguska es famosa porque a principios del siglo XX fue escenario de la caída y explosión del meteorito más grande conocido, en los últimos tiempos.

-

¿Un meteorito? – preguntó Philippe.

-

Sí, bueno. Digo un meteorito por decir algo, ya que jamás fue encontrado.

-

Pues no me lo explico. ¿Cómo saben que cayó si nadie lo encontró después?

-

Porque el meteorito era tan grande, que a plena luz del día era perfectamente visible a su paso por una localidad llamada Vanavara, según recuerdo.

-

¿Pasó por esa población?

-

Bueno, sí. Eso es una manera de decirlo. Otra es que sus efectos se sintieron a más de mil kilómetros de distancia: provocó terremotos, explosionó cristales y puertas, e hizo arder la ropa de la gente. Los

maquinistas del Transiberiano detuvieron la locomotora temiendo un descarrilamiento, por no hablar de una misteriosa lluvia negra que, tras la explosión y la correspondiente cortina de humo, asoló la región durante semanas.

-

No había oído nunca nada semejante – dijo Julia.

-

Sí, es un hecho muy conocido y muy desconocido al mismo tiempo. Entre la comunidad que nos interesamos por los temas esotéricos, es conocido como el Roswell soviético.

-

Espera, espera. ¿Estás hablando de un meteorito o de hombrecillos verdes?

-

Bueno, hay opiniones para todos los gustos. Hay quien habla de una gran nave incendiada y de secuelas radiactivas tras la explosión.

-

Sí, Alex. Lo del meteorito me parece alucinante – Julia miró al suelo con ojos vidriosos – pero ¿por qué mi marido en el momento de su muerte me diría la clave de su portátil?, y, ¿por qué la clave de su portátil hacía referencia a un hecho tan insólito?

-

¿Tal vez era aficionado al esoterismo?

-

¿Pietro? Lo más esotérico que Pietro hizo, fue rellenar la quiniela. Era una persona muy simple. No sé por qué os empeñáis en relacionarle con esas cosas.

-

Perdón, creo que me he perdido algo. – comentó Alex consternado, al ver el dolor de Julia. Philippe hizo un resumen a Alex de sus descubrimientos previos y de la conversación mantenida con Julia

sobre los mismos.

-

Tal vez eso era lo que quería que tú creyeras. – sentenció Philippe, tomando la mano de Julia.

-

Tal vez…

-

¿Y dices que nadie encontró el meteorito?

-

Bueno, un tipo llamado Leonid Kulik, dirigió una expedición al lugar en busca del supuesto meteorito que nunca encontró.

-

¿Leonid Kulik?

-

Sí, bueno. Un personaje extraño e influyente a posteriori, en la Rusia de Stalin.

-

Alex, cada día me asombras más, comentó Philippe con una sonrisa de confianza que confirmó a Julia la convicción de Philippe de haber elegido sin margen de error al mejor candidato para la tercera plaza del viaje.

-

Recuerdo que hace tiempo, leí un artículo en Internet que hablaba sobre las relaciones de Tunguska y el primer experimento de bomba nuclear nazi. Evidenciaba ciertas afinidades, quizás algo confusas entre Leonid y una organización secreta alemana denominada "Sociedad de Vrill". Esta sociedad secreta, junto con otra denominada "Sociedad de Tüle", fue la responsable, según algunos historiadores, del surgimiento en Alemania del Nacional Socialismo.

-

¿Me puedes explicar que hacía un científico nazi trabajando para la

cúpula bolchevique?

-

Los soviéticos no conocían la afiliación de Leonid. Esto solamente se supo hace unos pocos años, tras el descubrimiento accidental de unos documentos secretos durante la reforma del Reichstag, el parlamento alemán en Berlín.

-

Alemania, Egipto, España, Italia, India. ¿Cuántos países hemos mencionado ya? – enumeró abrumado Philippe.

-

Esto se pone interesante. – rio Alex.

-

Bueno, – comenzó a recapitular Philippe – si no me equivoco, vamos a viajar a El Cairo para localizar a una persona que no conocemos y que nos espera a una hora determinada en un lugar concreto, para que le digamos una palabra secreta que hace referencia a un emperador budista de la India. Y lo más importante, no sabemos qué hará después. También y que no se me olvide, estamos siendo guiados por una especie de guía digital que inicia la sesión atendiendo a la última palabra que dijo en vida Pietro, el marido de Julia, la cual hace referencia a un lugar perdido de Siberia donde a principios del siglo veinte se estrelló un meteorito, y cuya búsqueda está relaciona con sociedades secretas, nazis y las remodelaciones del Reichstag alemán. ¿Me he dejado algo?

-

Creo que no. Esas son todas las pistas que tenemos – contestó Julia.

-

Por lo menos, alguien estará de acuerdo conmigo en que todo esto es una verdadera locura.

Sí, hombre, en eso estamos todos de acuerdo. ¿Pero no es emocionante? Le respondió un risueño Alex, dando a Philippe una



palmadita en el hombro.

Capítulo 7

“Algo debe morir para que yo pueda nacer”

Fragmento del Bardo Thodol

Libro tibetano de los Muertos

Selim “El Egipcio”, se sorprendió de lo rápido y precipitada que había sido la sucesión de acontecimientos. Parecía como si todas las fuerzas beligerantes estuvieran empezando a resurgir de sus retiros milenarios. Un despertar lento, pero ya irrefrenable. Una vez más, la guerra volvería a librarse sobre la tierra de los hombres.

Se sentía especial, un elegido, bendito por vivir en esta época y por participar en los acontecimientos que traerían el fin de los tiempos, y la victoria última para los suyos. Se encontraba desnudo, sentado en una silla frente a una mesa y su portátil, examinando su correo electrónico tras un baño revitalizador. El vaho del agua caliente aún empañaba los espejos del baño. Aquella habitación del hotel Meliá avenida de América en Madrid, le resultaba cómoda y confortable, suficiente, dentro de la calidad a la que estaba acostumbrado. Sin duda había otros hoteles más lujosos en la capital de España, y no le hubiera resultado complicado conseguir una buena suite en cualquiera de ellos, pero la proximidad tanto al aeropuerto de Barajas como a cualquier otro punto del centro de la ciudad, hacían que aquel lugar tuviera un atractivo único para alguien como Selim.

Las instrucciones estaban claras. “Los Nueve” habían activado su célula española, quizás al percatarse del robo, tras el incendio de la torre Windsor. La organización estaba potenciando sus servicios de espionaje y alcanzando cotas de perfección que Selim jamás hubiera sido capaz de prever. Sabían que el agente de “Los Nueve” se dirigiría a El Cairo para interceptar el código, o al menos una pista que le llevará al mismo. También sabían que el encuentro se produciría en un lugar indeterminado del mercadillo de Jan al Jalili dentro de dos días. –“¿Qué más sabrían que no le hubieran contado?”

A Selim no le gustaba El Cairo, él era más occidental. Había nacido y se había criado en las calles de Alejandría, una ciudad muy distinta a la actual capital egipcia. Se conectó a un conocido portal de viajes de Internet y compró un billete para viajar a El Cairo al día siguiente. Necesitaba tiempo para preparase. Su misión consistía en localizar al agente de "Los Nueve" e interceptar el código antes de que le fuera entregado. El egipcio sabía perfectamente que tan solamente era un peón en el juego titánico de las "Dos Águilas", como se denominaba la nueva alianza entre las dos sociedades arcanas de Vrill y Tüle, a las cuales él pertenecía como devoto y fervoroso servidor. Apenas podía recordar la época en que había abandonado los montes afganos y el sagrado islam por otra causa bien distinta y no tan noble. Muchos años atrás, el joven e idealista Selim se había unido a la Internacional Islámica en defensa de los santos lugares mancillados por los infieles y apóstatas soviéticos. Había viajado de su Egipto natal a un país lejano y muy distinto, Afganistán, por aquel entonces asolado por la guerra y la desesperación. Había pasado de joven e inocente universitario, a un robusto y fiero guerrillero, engrosando así las filas de la nueva Yihad.

Sin embargo, el destino no le dejó completar su deseo de ver un Afganistán liberado. Cayó herido en una batalla en las proximidades de Kabul. Las escasas posibilidades de traslado y su aspecto moribundo, llevaron a sus compañeros a tomar la decisión de abandonarle. Fue hecho preso y llevado a Moscú donde le curaron, para más tarde ser torturando e interrogado durante meses. Selim vivió un infierno sin salida, que le hizo olvidarse de sí mismo, hasta que un tiempo después fue rescatado de las garras del hambre y del frío, en las lúgubres cavidades de una macabra fosa, dentro de un perdido gulag en el que se encontraba preso, cerca de San Petersburgo. Su rescate fue obra de los miembros de la alianza de las "Dos Águilas". Todo estaba planificado al milímetro. Habían llegado a por él. Aquellas gentes le conocían casi mejor que sí mismo.

Aparecieron en la oscuridad, cual ánimas surgidas del infierno, haciéndole desaparecer como un mal sueño. Nunca lo olvidaría.

Jamás pudo explicarse cómo las águilas sabían de su existencia y ubicación. ¿Por qué le eligieron? Son preguntas que jamás se atrevió a realizar. Sus salvadores le ofrecieron empezar de nuevo, cuidar de él, sanar sus heridas y un futuro con el que jamás había soñado. Todo comenzó de nuevo para Selim. Fue trasladado a las verdes y nubladas tierras alemanas, lejos de su vida anterior. Tras cinco años de entrenamiento e iniciación en los ritos secretos de “Las Águilas”, se convirtió en un soldado más de su interminable guerra.

Selim retornó de sus sueños al momento actual. Una vez terminó las gestiones oportunas, se vistió y bajó al vestíbulo del hotel. Tenía aún unas horas para disfrutar de la cosmopolita ciudad de Madrid.

Capítulo 8

“Cuando hay necesidad de hacer de la razón un tirano, como en el caso de Sócrates, no es pequeño el peligro, de que cualquier otra cosa se vuelva también tirano.”

El ocaso de los Ídolos – Nietzsche 1888

Un jet privado atravesó como un rayo, los azules cielos del desierto iraquí. El lujoso Falcon 2000 color plata, propiedad de la agencia de inteligencia norte americana “CIA”, tan solamente trasportaba un único pasajero: el doctor Albert Fleming, de la universidad de Yorktown.

Albert era de padre norteamericano y madre asiática, por lo que tenía rasgos orientales, y unos ojos profundamente azules. Su pelo brillante y negro, disimulaba sus cuarenta y tantos años de edad. No era la primera vez que colaboraba con la CIA, ni seguramente sería la última. Era uno de los pocos científicos privilegiados, clasificados con la confianza de nivel tres. Un nivel dos era un privilegio que solamente podían disfrutar unos pocos cargos dentro de la más alta cúpula militar y política. Estar en su posición era un logro al que muy pocos civiles tenían acceso. Albert había visto cosas increíbles. Por desgracia, jamás había podido compartir sus descubrimientos con más colegas, salvo aquellos que igualaban o superaban su estatus dentro de la agencia, los cuales solían ser por regla general, poco entusiastas, incluso aburridos hasta la saciedad.

El jet ejecutó varias maniobras de aproximación antes de que el piloto se decidiera a aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Bagdad. Los informes de inteligencia alertaban del peligro de un ataque de misiles tierra-aire por parte de las renovadas fuerzas rebeldes aún leales al derrocado presidente Sadam Hussein.

Finalmente, aterrizaron y un todoterreno perteneciente al tercer batallón de marines de los Estados Unidos, se encontraba esperándole en la pista. Un sargento malhumorado y poco hablador, junto con un

cabo y un soldado, le escoltó hasta el Cuartel General en la zona de máxima seguridad dentro de la ciudad. Dos horas después, Albert ya había dejado sus pertenencias en una humilde habitación del "Hotel Palestine" y se encontraba rodeado por una junta de altos mandos militares que le estudiaban de arriba abajo.

Aquella habitación de paredes gastadas, inflada de pantallas con datos y todo tipo de documentos, le transmitía una sensación caótica y opresiva que hizo que le subiera la temperatura corporal.

Profesor Fleming, dijo al fin uno de los generales, con una chapa de identificación que rezaba "Thomson" y al que Albert no había visto en su vida está usted aquí porque ha sido seleccionado por la CIA como el científico más idóneo para la investigación, dado que reúne una rara y completa formación en ramas tan dispares como historia del arte, filología, física e ingeniería industrial. Sin contar con el grado de confianza "tres" que le otorga la seguridad nacional.

-

Así es, general – Albert jamás se había enfrentado a una comisión semejante. Los rostros de aquellos mandos se le antojaban impenetrables. Lo más extraño es que no reconocía a nadie y, tras veinte años prestando sus servicios en situaciones semejantes, aquella coincidencia se le antojaba extraña.

-

Bien, ya sé que es un trámite que conoce perfectamente, pero me veo en la obligación de formularle la pregunta. ¿Sabe usted que cualquier información que se trate en este o en cualquier otro momento en referencia al asunto que le ha traído a usted a Irak es confidencial? ¿Y que su divulgación ante cualquier persona o medio le haría incurrir en un delito, que atañe a la seguridad nacional y por lo tanto de alta traición?

-

Sí, general – Albert contestó monótonamente, como si hubiera tenido

que responder a la misma pregunta más de un millón de veces.

-

De acuerdo. Verá profesor Fleming, hace un par de semanas, el sargento Harry Williams del cuerpo de marines, se encontraba en misión de patrulla rutinaria a bordo de un helicóptero militar. Él, junto a su patrulla, fue derribado por un grupo de rebeldes. Williams fue el único superviviente.

-

¿En qué lugar?

-

A unos veinte kilómetros al oeste de la ciudad de Kerbala.

-

¿En el desierto?

-

Sí – contestó el general sorprendido, ya que no estaba acostumbrado a que le interrumpieran. Albert sacó un cuaderno y un bolígrafo, y comenzó a tomar notas.

-

Por favor, continúe general – la frase hizo surgir un murmullo entre los presentes. Albert sabía que no habían visto jamás a un civil dar órdenes a un general, si bien no era la primera vez que ocurría en su dilatada carrera como agente de la CIA. Había tenido que lidiar con el orgullo de los militares en centenares de ocasiones, a lo largo y ancho de todo el mundo.

-

Verá profesor Fleming. La cuestión es que el sargento Williams consiguió salir vivo del siniestro. Unas horas después del hallazgo del aparato, el sargento fue localizado a tres kilómetros del mismo. Tras recuperarse de sus heridas, informó de lo sucedido y de la existencia de una estructura semienterrada que utilizó para protegerse durante la noche.

-

¿La han analizado? "Esto se pone interesante" pensó Albert.

-

Sí. Algunos de nuestros colaboradores se desplazaron al lugar de forma rutinaria, para investigar lo sucedido, y de paso localizar el lugar detallado en el informe del sargento Willians.

-

¿Y bien? – Albert se encendió un cigarrillo, ofreciendo a los boquiabiertos presentes, que se negaron en masa, horrorizados ante el atrevimiento y la falta de respeto que mostraba el científico. Pero nadie se atrevió a reprenderle.

-

"Es de la CIA y se cree superior", fue el pensamiento más generalizado.

-

Al principio. Pensamos que se trataba de una antigua ciudad o templo. Algunas esculturas y grabados hicieron situar a nuestros expertos la época de las ruinas, en torno al periodo de la civilización Sumeria.

-

Sumerio o Patesi del 2800 a 2375 a.C.

-

Veo que hemos dado con el hombre adecuado. Gracias, general. Verá. Si no fuera porque algo dentro de la estructura principal atraía como un imán las piezas de metal más pequeñas que portaba la expedición, nunca nos hubiéramos fijado en aquello. Este país está lleno de ruinas y monumentos.

-

Es el origen de la civilización.

-

Quizás. Pero nosotros no estamos aquí por temas culturales. Lo entiendo, general. ¿Dice usted un imán?

-

Sí. Casi imperceptible a primera vista, pero algunos objetos que nuestros investigadores depositaron en determinadas zonas del suelo, durante un descanso que hicieron, empezaron a moverse solos.

-

Vaya – Albert, esbozó una sonrisa – su gente tuvo que mearse en los pantalones.

-

Sí, el general esbozó una sonrisa de complicidad. La cuestión es que se percataron de aquel fenómeno insólito, y esto les motivó para desenterrar más partes de la estructura. Pero el tamaño y configuración de la misma les alertó de un hecho aún más sorprendente: aquella estructura tenía una finalidad y era la de ocultar un objeto metálico mucho mayor, que ha permanecido enterrado bajo la arena durante cinco mil años. O al menos, que nosotros sepamos.

-

¿Me está diciendo general, que han encontrado una estructura de metal dentro de las ruinas de un edificio sumerio?

-

Sí.

-

¿Qué tamaño tiene?

-

Tiene un diámetro de dos kilómetros exactos.

-

¿Dos kilómetros? Pero es enorme para ser de manufactura artificial ¿Diámetro? ¿Es un disco?

-

Así es Albert - se percató de que aquellas preguntas, cada vez le hacían sentirse más incómodo al general y al resto de los presentes.

-

¿Y sus expertos? – A Albert cada vez le costaba más hablar por la emoción ¿Han definido de qué se trata?

-

No estamos muy seguros. Pero la CIA y otras agencias nos han facilitado información comparativa y creemos que es algún tipo de vehículo. Pero aún no hemos encontrado ninguna entrada.

-

¿Qué agencias? ¿Qué información comparativa?

-

Perdone profesor, pero no estoy autorizado a revelarle esa información.

-

¿Es un grado dos?

-

Correcto.

-

¿Por qué me están inmiscuyendo en un asunto de grado dos?

-

Por su preparación.

-

Ya. Pero si no tengo toda la información no podré obtener conclusiones veraces.

-

Lo entiendo profesor. Pero de momento deberá de ser así.

-

De acuerdo. ¿Cuándo podré ver el platillo volante?

-

Perdone, no lo entiendo.

-

General, no tengo acceso al nivel dos. Pero usted me está hablando de algo demasiado obvio. Tan claro y esperpéntico que roza lo ridículo.

Si no fuera porque me encuentro hablando con usted y en Bagdad, le mandaría a paseo.

-

Ya lo comprendo.

-

Bien. Entonces, ¿cuándo me lo enseñarán?

-

¿Qué tal ahora mismo?

Treinta minutos después, un helicóptero de los de marines, abandonaba la zona segura de la ciudad de Bagdad, rumbo a un lugar indeterminado en las proximidades de Kerbala.

Capítulo 9

“A la salida del sol, un gran fuego, con ruido y brillo hacia el Norte se extenderá, dejando a su alrededor muerte y llanto.
Por espada, fuego y hambre, muertos dejará.”
Profecía II.91
Michel de Nostradamus

La noche cayó sobre el Mediterráneo, cambiando rápidamente la tonalidad de las aguas del más puro azul celeste, al negro más nocturno. Un Boeing 777 de Egypt Air sobrevoló el Delta del Nilo atravesando la soñolienta Alejandría rumbo a El Cairo. Los brillos de las luces de Alejandría sobre las aguas de la costa pudieron apreciarse en un instante fugaz, trasladando el paisaje a la oscuridad del desierto, intermitentemente rota por la luz de los poblados y villorrios.

Las maniobras de corrección de rumbo hicieron ascender momentáneamente al aparato, zarandeándolo al tomar algunas turbulencias. Pero aquello solamente fue un instante, recuperando inmediatamente la estabilidad anterior. No había sido un vuelo muy pesado y en breve aterrizarían. A Alex le había tocado compartir asiento con un árabe enorme, mientras que Julia y Philippe iban juntos delante. Cansada de hojear todo el tiempo la misma revista, Julia optó por salir al pasillo y dar un paseo para estirar las piernas. Philippe iba completamente dormido y ni siquiera se despertó cuando ella abandonó el asiento de ventanilla, pasando por encima suyo con exquisito cuidado.

Alex se entretenía leyendo “El arpista ciego”, de Terenci Moix, mientras su corazón palpitaba, pensando en cuando pisara la tierra del país que había cautivado su imaginación durante los últimos veinte años. El Cairo sería la primera parada de su periplo, “La ciudad del pecado”, la había llamado algún romántico en alguna época lejana.

Poco después aterrizaron. Al principio, estaban algo desorientados, el ambiente era fresco, muy distinto a la sequedad agobiante que se

habían imaginado, quizás en gran medida a causa de la noche reinante. Un destartalado autobús Mercedes color crema, les condujo a la terminal de llegadas del aeropuerto internacional de El Cairo. Aquel aeropuerto nada tenía que ver con la idea preconcebida que Julia tenía de Egipto. Estaba bien equipado e iluminado. Los trámites del visado apenas habían durado diez minutos y ya se encontraban en el aparcamiento del aeropuerto.

Philippe desempolvó su casi olvidado inglés y negoció con un taxista su traslado del aeropuerto al hotel. El hotel Conrrad resultó ser un mastodóntico rascacielos que se erguía orgulloso en la ribera del río Nilo, en la parte este de la ciudad. Julia tuvo que consentir compartir una suite con tres camas. Los planes de viaje eran muy poco flexibles en ese aspecto, y no era cuestión de desembolsar cantidades ingentes de dinero, y así poder asegurarse exclusiva privacidad a cada parada. Tras soportar algún chiste sexista de Alex, todo fue como la seda. El grupo se encontraba cansado. No obstante, y a falta de 23 horas para el encuentro del café Fishawi en el mercado de Jan al Jalili, Philippe optó por convencerles para relajarse un poco. Sin apenas proponérselo, Philippe se había convertido en su líder indiscutible.

El gran vestíbulo del hotel, coronado por una bóveda central ricamente decorada, escoltada por cuatro enormes palmerales artificiales, trataba de adentrar al viajero en la atmósfera exótica a la que todo turista aspira cuando aterriza en Egipto. Al parecer, su estancia en el Conrrad había coincidido con un congreso internacional de odontología que reunía especialistas de sesenta países. Aquel evento ofreció un variopinto espectáculo intercalando en el vestíbulo del hotel, huéspedes en frac y vestidos largos, con ruidosos turistas de pantalones cortos y calcetines blancos. Tras franquear los detectores de metales de las puertas del vestíbulo, protegidas por la elegante

policia turística de uniformes blancos e inmaculados, el grupo tomó un nuevo taxi rumbo a uno de los grandes barcos restaurante de los muelles.

Alex no dejaba de ser una fuente de sorpresas. A pesar de no haber estado nunca en El Cairo, todo le era familiar. Había leído tanto sobre aquel país, que podía fácilmente adentrarse en sus calles y pasar como un egipcio más. El Cairo era una ciudad de contrastes, donde a pesar de la hora diurna o nocturna, nada se detenía. "La ciudad que nunca duerme". Lo nuevo y exagerado, se mezclaba con lo antiguo y misterioso: barrios de la época turca, intercalados con edificios victorianos o enormes y resplandecientes rascacielos acristalados. Aquella ciudad no dejaba indiferente a nadie.

A la cena, le sucedió una sobremesa que se prolongó hasta altas hora de la noche. Aunque en Egipto no había muchas bebidas alcohólicas donde elegir, un vino tinto denominado "Obelisco" hizo las veces de maestro de ceremonias. Julia se olvidó por un instante de la verdadera razón de su viaje, sintiéndose feliz y risueña, con esperanzas e ilusiones renovadas. Junto a Philippe experimentaba una sensación de inusitada vitalidad.

A la mañana siguiente, Alex madrugó mucho. A pesar de sus insistentes peticiones, ni Julia ni Philippe sucumbieron a sus ruegos para acompañarle en una visita relámpago al distrito de Giza, donde se erguían las pirámides de Keops, Kefrem y Micerinos, las únicas supervivientes de las siete maravillas del mundo antiguo. La resaca hizo claudicar a los viajeros y Alex tuvo que marcharse solo. Cuando Alex cerró la puerta de la habitación, Phillipe y Julia se quedaron mirando, el uno al otro, muy fijamente.

La atracción que sentían el uno por el otro, no pudo ser reprimida por más tiempo y Philippe abandonó su cama para compartir la de Julia.

Cinco horas después se reunieron en el restaurante del hotel para

comer. La forma de mirarse de Philippe y Julia había cambiado. Alex era muy intuitivo y lo percibió enseguida. Aquellas sonrisas solo podían indicar que, mientras él se dedicaba al turismo, algo había ocurrido en la habitación.

Bueno, veo que no soy el único que ha descubierto nuevos horizontes esta mañana. ¿Os he contado que también me he pasado por el museo? Algo espectacular. Es una pena que os lo hayáis perdido – la expresión risueña de Alex, tratando de cortar la tensión sexual creciente en el ambiente, no obtuvo respuesta. Finalmente se rindió y se dedicó a desmenuzar su filete.

Tras la comida, todo volvió a la normalidad. De nuevo, el grupo se subió a un taxi rumbo al mercado de Jan al Jalili. De camino a la plaza de la mezquita de Hussein, donde se encontraba Jan al Jalili, el taxista les narró la historia de “La ciudad de los muertos”, un enorme y vasto cementerio musulmán de la época de los turcos que atraviesa El Cairo, y que tras la guerra en la que Egipto perdió el Sinaí, fue poblado por los refugiados, que se trasladaron a El Cairo huyendo de la represión israelí, cohabitando con los muertos en sus mausoleos. Aquella historia estremeció a Julia.

Alex trató de deshacerse de la idea de que un vehículo les venía siguiendo. En medio de aquel tráfico caótico, creyó ver el mismo destartalado taxi Peugeot en varias avenidas girando tras ellos. Era una sensación similar a la que había experimentado en su breve estancia en el distrito de Giza. Le había chocado la extrema pobreza del barrio colindante con las pirámides. Siempre se había imaginado llegar a ellas por el lado contrario, donde no hay edificaciones, a lomos de un dromedario y acompañado por beduinos. Pero a pesar de no haber rememorado sus románticos sueños de juventud, la llegada a Giza no le había decepcionado lo más mínimo, y aquella imagen de la Esfinge adelantada sobre las tres pirámides, había quedado grabada a rojo fuego para siempre en su retina.

La populosa plaza de la mezquita de Hussein era un ir y venir de todo tipo de transeúntes. No hacía mucho había tenido lugar allí mismo un desafortunado atentado protagonizado por un grupo islamista. Para acceder al lugar, declarado de interés turístico, había que pasar un control de la omnipresente policía turística. Jan al Jalili era un zoco repleto de estrechas callejuelas pobladas de centenares de tiendas de todo tipo. Todo se compraba y vendía en Jan al Jalili al ritmo de la vida. La escena de turistas de cien nacionalidades, regateando con vociferantes tenderos que reclamaban a su público con todo tipo de frases hechas en sus respectivos idiomas, se repetía igual que granos en un mar de arena.

El café Fishawi o café de Los espejos, no defraudó a Alex, que se lo había imaginado mil veces a través de las novelas del Premio Nobel de literatura, el egipcio Naguib Mahfuz. Se encontraba en una de las callejuelas con un acceso hacia la plaza de Hussein. Tenía espejos colgados en las paredes que lo cubrían todo, incluso fuera, en una pequeña terraza limitada por la dimensión de la callejuela, donde la gente se sentaba a tomar té y tabaco en sissa en las exóticas cachimbas.

Un camarero rechoncho, propietario de un poblado bigote, les condujo a una mesa. Alex estaba en su ambiente. Con una sonrisa en los labios, pidió una cachimba con sissa de manzana para fumar y té verde para los tres. Philippe ya había probado la sissa en algunos bares tunecinos del barrio de Huertas en Madrid. Aquel tabaco parecía un poquito más fuerte que el que él había probado, si bien el tabaco de sissa es más suave que el tabaco normal occidental, lo cual no impidió que la experiencia le encantase.

-

Bueno, ¿y ahora qué? – dijo al fin Alex.

-

Pues no tengo ni idea – contestó Julia.

-

Supongo que debemos esperar – continuó Philippe.

– Quien sea que nos busque, creo que no tendrá grandes problemas en encontrarnos.

Apenas Philippe pronunció la frase, un hombre vestido con la típica chilaba y el gorro circular musulmán, ambos de un blanco sucio, se paró frente a ellos. Philippe estudió a aquel tipo. Tenía el rostro oscuro, surcado por arrugas y un bigote canoso. Sobresalía su fuerte olor corporal. Daba la impresión de haber salido directamente del desierto, tras haber dejado aparcada su caravana de dromedarios a las puertas de El Cairo.

Utilizando un torpe italiano con fuerte acento árabe, les interrogó sobre sus identidades. Estaba buscando a Pietro. A pesar de haber estado casada con un italiano, Julia no sabía hablar el idioma. Pietro siempre había utilizado el castellano con ella y nunca le surgió la inquietud por aprenderlo. Era evidente que aquel tipo esperaba una contestación en ese idioma de alguien que sabía, era de origen italiano. Una vez más, Alex les sorprendió con celeridad y resolución. Utilizando un perfecto italiano, se identificó como Pietro y rogó al hombre que los acompañara a la mesa. Tras concentrarse un poco, decidió continuar la conversación en árabe, idioma que el profesor también conocía a la perfección.

- ¿Hablas árabe y me has dejado que hiciera el ridículo negociando con los taxistas, en inglés?

-

Creí que te divertías, Philippe – Julia y Alex rieron, mientras a Philippe parecía no hacerle mucha gracia el último comentario.

-

¿Qué te está diciendo? – le interrogó Julia, mientras observaba como el egipcio entregaba a Alex algo envuelto en un pañuelo blanco.

-

Me ha preguntado la clave. Le he respondido “Ashoka” y como ves, me ha dado esto.

-

No lo habrás aquí. No quiero problemas – alertó Philippe.

-

Sí, ya lo había previsto.

-

¿Puedes sacarle algo de información?

-

Creo que es arriesgado, pero lo intentaré.

Alex se sumió en una breve conversación con el egipcio, que poco después se despidió de ellos con el ceremonioso “Salam Malecom”. Alex se metió el bulto en la chaqueta con disimulo, mientras examinaba el devenir de transeúntes.

-

¿Qué le has preguntado? – le interrogó Julia.

-

Le he preguntado: ¿por qué ahora?

-

“¿Por qué ahora?”

-

Sí, creí que era la única pregunta razonable que no podía despertar sospechas.

-

No te entiendo.

-

Verás. Llevo razonándolo todo el viaje. Está claro que este hombre nunca había visto a Pietro, de hecho, apenas hablaba italiano. Lo que fuera en lo que estaba metido tu marido, es una especie de organización basado en células dormidas que al activarse se interrelacionan. Es muy común en las organizaciones secretas, si pillan

a un grupo, no desarticulan la organización porque realmente nadie conoce a nadie.

-

Lo ves Julia. La teoría de la personalidad dormida, de la que te hablé en Madrid –apuntó Philippe.

-

Aún me cuesta creerlo.

-

¿Y qué te ha respondido?

-

Eso es lo peor. Aunque daba por seguro que yo era quien decía ser, daba por sentado que yo sabía determinadas cosas. Al parecer alguien ha robado algo que estaba escondido en Madrid, un fragmento o algo así.

-

¿Fragmento?

-

Sí, un fragmento de información. Nosotros en el portátil creo que llevamos una copia de ese fragmento, y lo que sea que me haya dado, se suma a ese fragmento.

-

¿Quieres decir que hay un grupo rival?

-

Si, eso parece. Un grupo que codicia la totalidad de la información con un fin muy oscuro. Él habló de algo de la luz y de salvaguardar el bien a través de "Los Nueve".

-

"¿Los nueve?"

-

Supongo que es el grupo al que pertenecía Pietro.

-

¿Te suena de algo?

-

No, Philippe. Ahora mismo estoy en blanco. La cuestión es que debemos completar la información con otro mensajero que encontraremos en Amman.

-

¿Jordania? – se sobresaltó Julia.

-

Sí, eso parece. Debemos ir a Amman y desde allí al “Wadi Musa”, para localizar al correo que nos espera en un par de días en la cima del monte del monasterio de Petra.

-

Espera, espera, me he perdido del todo – reparó Philippe sobresaltado.

-

El Wadi Musa es el valle de Moisés, donde se encuentra la ciudad de Petra. Supongo que hasta tú has oído hablar de la espléndida ciudad de los Nabateos, excavada en roca viva, por cierto, donde Spielberg rodó Indiana Jones y la Última Cruzada.

-

Joder claro. Pero esto empieza a rozar lo absurdo.

-

¿Te ha dado una idea de para qué o qué debemos hacer con la información que estamos recuperando? – Julia rompió su silencio.

-

Como habrás comprobado, la conversación ha sido muy breve, pero he deducido que el viaje tiene un destino final, y que nuestra misión es encontrarnos con una especie de líder de la sociedad para entregarle lo recopilado, y así impedir que el otro grupo complete la información.

-

¿Pero para qué coño sirve? – Philippe estaba aturdido.

-

No lo sé. Solamente hizo una breve referencia al mal uso de lo que llamó “el arma”, por parte de los de la competencia. Alex se permitió un gesto gracioso – Algo como que no sabían lo que podían provocar usando el arma.

Poco después, pagaban la cuenta y abandonaban el café de los espejos. Julia consiguió convencerles para visitar algunas tiendas de zapatos. Entre tanto, Alex se puso en guardia al percibir que un hombre alto y rubio, de cabellos largos y ropa occidental, les seguía acompañado por tres árabes grandes y corpulentos muy mal encarados. Al salir de la segunda tienda, la sensación de persecución fue demasiado obvia. Así pues, alertó a Julia y a Philippe que salieron apresuradamente, dejando al tendero en medio del regateo.

Tras intentar despistarles, acelerando el paso en el cruce de tres callejuelas estrechísimas y cubiertas al cielo por las balconadas, les arrinconaron.

-

Denme el fragmento - Dijo al fin el tipo rubio.

-

¿Quién es usted? ¿Qué quiere? – le preguntó con aire arrogante Philippe. Uno de los mastodontes no esperó a que el egipcio respondiera, sacudiendo un puñetazo en la boca del estómago de Philippe.

-

Vale, vale. No conviene soliviantarse. Todo es negociable – Alex trató de calmar los ánimos.

-

Entrégueme el fragmento y nadie sufrirá daño alguno. Después marchen a España y no ocurrirá nada malo, sino, les aseguro que recordarán mis palabras.

-

Dáselo Alex gritó Julia, totalmente aterrada. Alex se metió la mano en el bolsillo y entregó el pañuelo al egipcio. Sin abrirlo, este se lo guardó y desapareció junto a su compañía tan rápido, que cuando Philippe se incorporó, ya no estaban.

-

Vamos “Indi”, levántate y vamos corriendo a la plaza – dijo Alex mientras sostenía a Philippe.

Los tres salieron lo más rápido que pudieron de las enmarañadas calles de Jan al Jalili. Cuando iban a tomar un taxi, un grito en árabe les puso en guardia. Los mastodontes, seguidos de “El Egipcio”, salieron de una de las callejuelas corriendo hacia ellos con expresión cabreada. Teniendo en cuenta que la carrera media de un taxi en El Cairo, costaba libras egipcias, un billete de cincuenta euros, convenció al taxista para dejar la plaza de Hussein como alma que lleva el diablo.

-

Pero, ¿qué pasa? ¿No les hemos dado ya lo que querían? – dijo Julia aterrada, mientras el taxista ejecutaba alocadas maniobras en medio del terrible caos circulatorio de El Cairo.

-

Pues creo que no. Contestó Alex con una maliciosa risita.

-

¡¿Cómo?! – gritó Philippe.

-

Les he dado un souvenir que había adquirido en mi visita a Giza. Es una pena, ese platillo con la efigie del faraón Zoser me encantaba, aunque no entiendo como lo vendían en Giza, puesto que la pirámide de Zoser está en Saqqara.

-

Por el amor de Dios Alex. Déjate de tonterías y explícanos qué has hecho – le reprendió Julia.

-

Está muy claro, ¿no? Yo no he venido hasta aquí para rendirme a la primera de cambio. Yo no sé vosotros, pero hemos venido aquí con un fin, y yo voy a descubrir cuál era la motivación y el secreto de tu marido Julia, y unos matones egipcios no me lo van a impedir. Hice el cambiazo sin que os dierais cuenta, cuando aún estamos en el café de los espejos…

-

De acuerdo Alex, ahora enseñarnos qué diablos había en el pañuelo.

Alex echó mano a la chaqueta y sacó un pequeño CD con un diámetro la mitad que el normal, embutido en una carcasa de plástico trasparente.

-

Imagino que esto tiene que ver con la siguiente parte de nuestro viaje. Si esos tipos sabían que íbamos a estar en Jan al Jalili, seguramente conocerán donde nos alojamos. Debemos salir ahora mismo hacia Jordania.

-

Querido Alex – dijo Philippe, ya algo recuperado de las fuertes emociones vividas – creo que tienes toda la razón.

-

Como siempre se aventuró a responder él.

Capítulo 10

“Di vuelta para ver la voz que hablaba conmigo. Y habiéndome vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros vi a uno semejante al Hijo del Hombre”

Apocalipsis 1:120

Antes de que el avión de la Royal Air Jordania partiera de El Cairo con destino Amman, Alex tuvo tiempo de adquirir algunos volúmenes enciclopédicos en las tiendas del aeropuerto. Ya habían introducido el disco en el portátil de Pietro. La transmisión de datos fue rápida. Al parecer, el contenido del disco y el software del ordenador se entendieron a la perfección, dando a conocer al grupo nuevos datos sobre el viaje: reservas de vuelos y un hotel en las cercanías del aeropuerto Queen Alía de Jordania, el Alía Gateway.

Alex había comentado a Philippe, que le empezaba a sonar una relación entre la palabra “Ashoka”, y la sociedad a la que su misterioso contacto había bautizado como “Los Nueve”. Tras los primeros quince minutos de vuelo y la consulta de un par de referencias en las enciclopedias compradas, Alex ya había dado con ella.

-

Ashoka es el nombre del primer emperador hindú que se convirtió al budismo, en el siglo tres antes de Cristo. ¿Has oído hablar de los Vedas? – comentó Alex desde el asiento de atrás donde se encontraba.

-

Sí, son los textos sagrados de los hindúes. Si mal no recuerdo, están escritos en sánscrito y son muy antiguos.

-

La comunidad científica internacional les confiere una antigüedad de cinco mil años, aunque hay quien se aventura a aseverar que los más antiguos tienen siete mil quinientos. Esto les hace más antiguos que la primera pirámide de Egipto, y no solamente son un tratado religioso,

sino que hablan de diversos temas sociales, científicos, comunicación, medicina y mucho más.

-

Sorprendente. ¿Qué tienen que ver con el emperador Ashoka?

-

Ashoka, fundó una secta denominada "Sociedad Secreta de los Nueve Hombres Desconocidos".

-

Vaya… ¿Coincidencia? – dijo Julia.

-

¿Cuál era el objetivo de esa sociedad? – interrogó Philippe.

-

Bueno, aquí entramos en el terreno de la especulación. Hay hipótesis para todos los gustos.

-

¿Qué crees tú?

-

Mira. En el año 2002, el ministro hindú de Ciencia y Tecnología, hizo público el descubrimiento de la que puede ser la ciudad más antigua hasta ahora conocida. Se encuentra sumergida en las proximidades del Golfo de Cambay. Estamos hablando de siete mil quinientos años antes de Cristo. Te recordaré que las ruinas más antiguas de la caldea iraquí, se sitúan en torno al año tres mil antes de Cristo. Hablo de Sumeria, una de las culturas conocidas, junto con la egipcia, más antiguas del planeta.

-

¿A dónde quieres llegar?

-

Verás. Está reconocido que esa sociedad se dedicó a recopilar los Vedas y textos mucho más antiguos que ellos, algunos con referencias a tecnologías y a armas antiguas, conocimientos que el emperador no

quería que acabaran en manos del enemigo. Pero lo cierto era que los mismos escribas no sabían lo que tenían entre las manos. Ese conocimiento se había perdido. Era un conocimiento arcano que alguna otra cultura transmitió a los proto hindúes con algún fin concreto y que el tiempo se había encargado de borrar. Aquellas gentes, tan solamente recopilaron lo que quedaba y lo reescribieron como poemas pseudoreligiosos, sin necesidad de entender realmente el detalle del contenido, pero sí con la conciencia de su peligro potencial.

-

¿Me estás diciendo que lo que estamos recopilando, es ese conocimiento arcano?

-

Pudiera ser. Evidentemente, de esos manuscritos poco ha debido quedar. No es descabellado pensar que, si la sociedad sobreviviera a Ashoka, los textos se fueron salvaguardando en distintos soportes, para preservarlos y ocultarlos.

-

Parece lógico.

-

Cierta ocasión, leí un artículo – continuó Alex, que hacía referencia al olvidado Ramayana, Mahábharata y otros textos que hablan de la terrible guerra que ocurrió en la época del mítico héroe hindú, Rama. Hay referencias a cruceros que navegaban por las estrellas, a los cuales llamaban "Vimana" y cuya descripción es bastante similar a la del típico Ovni. Grandes proyectiles y todo tipo de armas de destrucción masiva.

-

Eso es increíble.

-

El doctor Ruth Reyna, de la universidad de Chandrigarh en China,

tradujo recientemente textos encontrados en Lhasa, Tíbet, que hablaban sobre teorías sobre la gravedad y modelos de ingeniería para construir armas y otros tipos de artefactos voladores. ¡Textos de hace más de siete mil años! Todo conducido por una “especie de energía espiritual”, la misma que invocan los gurús hindúes cuando practican la meditación trascendental a través del yoga.

-

Esto es demasiado para mí – argumentó Julia suspirando.

-

Puede que sí – reconoció Alex, pero ¿a qué no sabéis qué organizaciones fueron financiadas en los años treinta para viajar al norte de la India y Tíbet, con intención de recopilar estos textos?

-

¡Sorpréndeme! – gruñó Philippe.

-

Una expedición compartida por las sociedades de Vrill y Tüle, financiadas por el régimen nazi.

-

No me lo digas. Perseguían recuperar los conocimientos perdidos de Ashoka para construir armas que emplear en la Segunda Guerra Mundial.

-

A juzgar por los resultados, no debieron tener mucho éxito - sentenció Julia.

-

Todo empieza a encajar. Son los mismos que estuvieron detrás del incidente de “Tunguska”– dijo Philippe. Al menos sabemos ya quién es la competencia.

-

Sí – sentenció Alex. – “Las Dos Águilas”

-

¿Cómo?

-

Es así como se autodefine la hermandad de las dos sociedades. Las Dos Águilas, y su símbolo un número: el ochenta y ocho.

-

¿Qué significa?

-

El ocho es la letra h en el alfabeto occidental. Son siglas.

-

¿Siglas?

-

"Heil Hitler"

-

Esto me está empezando a dar miedo – dijo Julia.

-

A mí no es eso lo que me da miedo – respondió Alex.

-

¿Qué te da más miedo? – le interrogó Philippe.

-

Los nazis tomaron muchas cosas de la antigua cultura hindú, ya que la consideraban heredera de la indoeuropea, de la que surgieron los arios. De estos últimos, los arios hindúes, tomaron el símbolo de la esvástica, invirtiendo el significado hindú "construcción" por el contrario, "destrucción". Lo que me preocupa realmente es que no somos más que primates enfrentándonos a un detonador nuclear. Seguramente los dioses que dictaron a los Vedas esas culturas primigenias, no pertenecían a este mundo. No estamos preparados para manipular su tecnología. Creo que nos enfrentamos a un desastre de proporciones apocalípticas si esta información cae en malas manos, tal y como narran los grandes desastres de las guerras de los dioses en la mitología de los Vedas.

Capítulo 11

“La guerra es un asunto de importancia vital para el Estado; un asunto de vida o muerte, el camino hacia la supervivencia o la destrucción. Por lo tanto, es imperativo estudiarla profundamente.”

Sun Tzu - El Arte de la Guerra

Hermann Higgins miró su reloj. Tras muchas horas de viaje había alcanzado su destino: la hermosa y verde ciudad de Katmandú, capital del Reino de Nepal.

A pesar de que la política del rey Gyanendra era bastante estricta en cuanto a visados y permisos de residencia se refería. Higgins y la corporación empresarial a la que supuestamente representaba tenía una licencia especial, comparable a cualquier credencial diplomática. Aquel permiso no era barato, pero “Las Dos Águilas” preferían pagar el precio y asegurarse una total independencia y seguridad a la hora de desarrollar sus actividades, lejos de cualquier mirada occidental indeseable.

Todavía algunos edificios de Katmandú, mostraban signos de los últimos ataques de la guerrilla maoísta, que luchaba contra la autoridad del rey Gyanendra. Sin embargo, y a pesar de la fuerte presencia de la policía y del ejército, la ciudad no había perdido su encanto. A caballo entre la cultura india y la china, Katmandú era el mejor exponente del Nepal actual, una ciudad de edificios bajos, salpicada de pagodas y templos construidos en madera y repujados con metales dorados, ligeros tintes tibetanos, aportados por los exiliados tras la invasión china. Algún que otro bloque de dos o tres plantas reflejaba el Nepal moderno que, al igual que su aeropuerto, carecía de cualquier ornamento o aire pretencioso, en contraposición con los edificios religiosos, ricos en labrados en metal o madera.

Higgins ya había contactado en un par de ocasiones con su agente Selim, “el egipcio”. Conocía la huida a Jordania desde El Cairo de la célula de “Los Nueve” que se había activado en Madrid. Ahora era el

momento de redefinir posiciones y tal vez, de permitir al enemigo que hiciera el trabajo por ellos: "recuperarán el resto de fragmentos contactando con el resto de células y nos los traerán" eso sería más fácil que dedicarse a buscarlos y capturarlos uno por uno. Al fin y al cabo, el fallo de Selim había prestado un buen servicio a "Las Dos Águilas".

Un guardia y dos escoltas le esperaban en el aeropuerto. Un coche marca mercedes de color negro, le condujo a la finca privada que la organización tenía en una aldea en las afueras. La ubicación del cuartel general de la organización, se encontraba enclavada en una ubicación excepcional, en la falda de una montaña desde donde se dominaba el valle de Katmandú.

Las "Dos Águilas" tenían un ejército propio, asumido y permitido por el poder local, compuesto en su mayor parte por miembros de la etnia sherpa. La función de este cuerpo era la de evitar que cualquier elemento no autorizado se aproximara a las instalaciones. Para ello contaban con el armamento más sofisticado, y un entrenamiento especial que en nada envidiaba al de cualquier ejército occidental. La existencia de la organización era sabida pero no reconocida. Gobierno y guerrilla maoísta, recibían sendos pagos anuales por no inmiscuirse en sus asuntos. Con los años, la organización había extendido sus ocultas redes económicas a través de casi todo el tejido empresarial del país.

Los aldeanos, que vivían en los aledaños del complejo, consideraban aquella tierra maldita, poblada de demonios venidos del occidente. Hermann Higgins disfrutaba con aquel estatus de casi rey en las sombras y, aunque Nepal no era más que un país pequeño y fácilmente maleable, acabaría siendo un reflejo de lo que en un futuro sería el resto del mundo.

El cuartel general de "Las Dos Águilas" se ubicaba en pendiente, como casi todo fuera del valle de Katmandú. Se componía de tres

edificios principales y varios barracones y comedores para los colabores de rango inferior. Construidos en hormigón y con vidrios tintados, chocaban profundamente con el estilo arquitectónico local, impregnando el ambiente milenarista nepalí de un cierto posmodernismo, digno de una película de ciencia ficción.

Tras pasar los controles oportunos, el Mercedes-Benz atravesó las barreras principales y penetró en el recinto. Higgins se bajó del vehículo luciendo su impoluto traje. A las puertas del edificio principal le aguardaba un hombre de unos sesenta años. Aquel tipo tenía los ojos saltones, era calvo, bajo y gordo, e iba ataviado con un uniforme gris que recordaba a las vestimentas de la China comunista.

- Bienvenido, herr Higgins - saludó el hombre en inglés, con un fuerte acento alemán.

-

¿Cómo está herr Baum? ¿Alguna novedad en mí ausencia? – le interrogó mientras sin pararse penetraba en el edificio.

-

Desde el incidente de El Cairo, no hay novedad. Selim ha encontrado transporte para Amman y partirá en breve.

-

Dé orden de que no detenga la entrega del nuevo fragmento, solamente quiero que les siga. Aún quedan dos más después del que tienen que recoger en Petra. Les deberá interceptar cuando lleguen a Benarés, para entregar el código completo al Maestre de su orden.

El edificio parecía la oficina de un gran banco internacional, repleto de corredores y vestíbulos ricamente decorados estilo Zen. La madera wengue y las pinturas minimalistas lo dominaban todo. Personal uniformado igual que Baum, iba y venía de un lado a otro, portando toda suerte documentos. El vestíbulo principal, daba a una minúscula bóveda que mostraba los corredores de los pisos superiores hasta el techo del edificio a los que se subía mediante ascensores

interiores de cristal. Hermann Higgins se introdujo en uno de ellos, seguido por Baum que le iba agobiando con cientos de datos de información retenida durante su ausencia. Finalmente, y tras ascender a la planta superior, alcanzaron el despacho de Higgins: una sala de enormes proporciones, adornada con obras de arte locales, y como único mobiliario, una gran mesa y su correspondiente sillón. Unas amplias balconadas, ofrecían una privilegiada vista acristalada de todo el verde valle de Katmandú.

Hermann tomó asiento en su butaca presidiendo la sala, mientras, Baum se quedó de pie frente a él.

-

¿Cómo va el proyecto, Baum?

-

La semana pasada, como ya le comenté en mí último informe, comenzamos a recibir datos de telemetría. Por primera vez en casi cien años hemos conseguido activar uno de los fragmentos. Aquellas palabras hicieron revolverse Higgins, en su asiento.

-

Eso aún no lo sabía. Me está diciendo que hemos conseguido un éxito.

-

Herr Higgins, lo puedo afirmar.

-

El área de inteligencia me comentó, que los americanos han localizado los restos de un Vimana sepultado bajo las arenas de Irak.

-

Lo sé. Supervisé los estudios preliminares. No hemos localizado la procedencia. Esto podría perjudicarnos.

-

¿En qué forma?

-

Verá, los fragmentos de Tunguska nos dan la llave para recuperar

parte de su tecnología a raíz de los últimos datos que su agente recuperó en Madrid. Aun así, hágase cargo que los Estados Unidos recuperaron mucho material tras la conquista de Berlín y, aunque es difícil que lo relacionen con su reciente descubrimiento en Irak, es posible que comiencen una investigación paralela que, como fruto, el mismo que perseguimos.

-

Eso es una amenaza para nuestra supremacía. El Cuarto Reich debe resurgir sin rivales que le puedan hacer sombra.

-

No solamente eso.

-

¿A qué se refiere?

-

Entienda que es posible que el Vimana no catalogado que los americanos han encontrado en Irak, pueda ser cualquier cosa o contener cualquier tipo de arma. Una mala manipulación del artefacto podría provocar una catástrofe de proporciones apocalípticas, y creo que no estamos en disposición de avisarles de lo que tienen entre manos.

-

¿Tenemos contactos entre la insurgencia iraquí?

-

Teníamos contacto con el anterior régimen. Es posible que alguien en las actuales filas aún nos recuerde.

-

Inicie los preparativos para un asalto al lugar. Debemos repeler a los americanos y trasladar el Vimana a un lugar seguro.

-

Herr Higgins debo infórmale que no estoy muy de acuerdo.

-

Explíquese.

-

Estados Unidos tiene desplegada su maquinaria bélica por todo el país, un ataque activaría toda esa maquinaria: cazas de combate, sistemas de seguimiento vía satélite, tropas aerotransportadas... El Vimana es demasiado grande para ocultarlo.

-

¿Quiere decir que ese Vimana está completo?

-

El aparato tiene un diámetro de dos kilómetros, y es el primer Vimana completo que ha sido encontrado. Recuerde que nosotros, solamente disponemos de fragmentos recuperados de Tunguska a principios de siglo.

-

Pero la información contenida en un Vimana completo, podría cambiar el rumbo de la historia.

-

La amenaza es mucho más grave de lo que en un primer análisis podría parecer.

-

¿Sugiere que un plan orquestado con sumo cuidado durante los últimos sesenta años, puede verse truncado inesperadamente?

-

Todo dependerá de la pericia de los americanos. Sin embargo, sin el código, dudo mucho que sean capaces de hacer nada con él.

-

La misión de Selim comienza a ser vital para nuestra supervivencia.

-

¿Y si Selim falla?

-

No estamos seguros, pero lo más probable es que el código vuelva a


desparecer durante otros dos mil años.

Capítulo 12

“Toda nuestra ciencia, comparada con la realidad, es primitiva e infantil, y sin embargo es lo más preciado que tenemos.”

Albert Einstein

Albert Fleming no podía creer lo que estaban contemplando sus ojos. Un despliegue infinito de medios se extendía por la llanura. Un improvisado centro de operaciones de campaña, pistas de aterrizaje para helicópteros, decenas de carros de combate, tiendas modulares de todo tipo, que se confundían entre los aljibes isotermos y los camiones que transportaban las baterías de misiles antiaéreos y, todo, para custodiar el perímetro de alambrada que rodeaba al artefacto. Centenares de técnicos y especialistas desmontaban el supuesto templo sumerio, que había estado ocultando el disco metálico bajo la arena durante los últimos cinco mil años.

Albert no podía serenarse, sin duda, el objeto era visible desde varios kilómetros de distancia: su color plata impoluto reflectaba el sol del desierto con una fuerza inusual. De no ir provisto con gruesas gafas de sol, jamás hubiera podido dirigir la mirada directamente al objeto. Algunos técnicos militares se le presentaron, y le condujeron a un centro de análisis ubicado en el interior de un vehículo acorazado. Un termógrafo, indicaba lecturas sorprendentes en una cámara ubicada en el corazón de la estructura. Había una fuerza generadora de energía increíble. Las lecturas, indicaban más de cuatro mil grados centígrados de temperatura, concentrados en una esfera de un metro de diámetro, sin embargo, a un centímetro de la misma, la temperatura era normal. Fuera de esa esfera, el termógrafo no indicaba registro alguno.

Albert Fleming se sintió como un primate, enfrentado a los mandos de control de una central nuclear. Enseguida dedujo que el riesgo potencial de manipular aquel artefacto, podía ser elevadísimo, porque, ¿qué saldría de ahí una vez encontrada una entrada?

-

Dr. Fleming - Dijo uno de los técnicos.

-

¿Si, teniente? Respondió sin apartar la vista de los monitores de datos.

-

¿Qué cree que deberíamos hacer? – Albert se percató de que todo el mundo esperaba, en silencio, su respuesta.

-

Esperar – contestó mientras estudiaba a la oficial, una mujer negra de unos treinta años, alta y fornida.

-

No lo entiendo.

-

Verán, es muy sencillo. Imaginen por un momento que ustedes tienen dos años y se encuentran jugando en el parque, de repente, descubren un revólver cargado; no saben lo que es, sin embargo, les parece bonito, incluso se lo pueden llevar a la boca para probar a qué sabe. Quizás no ocurra nada, pero lo más normal es que tenga lugar algún tipo de catástrofe. Pues bien, ese artefacto es un revólver, y nosotros somos niños de dos años jugando con él.

-

Pero el aparato lleva depositado en esta ubicación al menos cinco mil años. ¿No cree que ya se haya esperado bastante?

-

Perdone teniente. ¿Su nombre?

-

Thomson.

-

Gracias. Verá teniente Thomson, ¿cuál es su especialidad?

-

Soy ingeniero aeronáutico y físico nuclear.

-

Impresionante, y seguro que según su formación y experiencia no hay peligro en mover este objeto, o manipularlo, aunque sea superficialmente.

-

Así es.

-

Verá. Por eso me han llamado. Hay que tender un puente entre lo técnico y el conocimiento antiguo.

-

No lo entiendo.

-

Es muy simple teniente Thomson. Este artefacto fue encerrado en este edificio y seguramente, enterrado adrede hace más de cinco mil años.

-

¿Y?

-

Pues bien, según los datos que nos han aportado los informes preliminares, el edificio era una construcción espléndida, grandiosa, con el propósito de guardar el artefacto, puesto que tiene su misma forma. Según los informes, se trata de un templo, pero no un templo cualquiera, sino dedicado a Ishtar, diosa sumeria, entre otras cosas, de la guerra.

-

Lo sabemos.

-

Muy bien Thomson. Ahora recapitulemos. ¿Puede explicarme para qué alguien se iba a molestar, hace cinco mil años, en construir algo semejante, con el inmenso coste económico y humano que eso suponía, para ocultar este artefacto y después enterrarlo bajo el signo de una diosa de la guerra?

-

Empiezo a entenderle – dijo la mujer tratando de desviar la atención de su enfrentamiento con Fleming.

-

Creo que este artefacto es algún tipo de arma que produjo horror a los constructores del templo. No olvidemos que es la primera civilización superior conocida, y tampoco debemos olvidar que, en esas fechas, los sumerios aún no habían construido, ni por asomo, templos semejantes.

-

Algo muy horrible les debió pasar para que decidieran acometer esta obra. Dijo alguien detrás de la teniente Thomson.

-

Sí, pero eso no es lo que más me preocupa. – contestó Fleming.

-

¿Y qué es? – interrogó un tercero.

-

Que esa cosa horrible no nos ocurra a nosotros.

Capítulo 13

“El sol se oscurece, salta del cielo furiosa humareda, hasta el cielo, se sumerge la tierra, Las claras estrellas; Las llamas levantan, Se eleva el ardor.”

Vidente de la vieja Edda – Ragnar (“El Apocalipsis Vikingo”)

Selim estaba cansado de paisajes desérticos, hacía tiempo que había cambiado los desolados parajes de su tierra natal, por los verdes y ricos europeos. En su interior, aún sobrevivía un reflejo de su pasado, un sentimiento que le recordaba al guerrero islámico que una vez fue, y un amor oculto a su antigua cultura y religión, las que una vez decidió entregar su vida. Pero Afganistán quedaba ya muy lejos, y siempre trataba de mantener a raya ese otro yo oculto que prefería considerar muerto. Todavía no entendía por qué su Maestre le había ordenado no atacar a la célula de “Los Nueve”, y detenerles de una vez.

A la llegada al hotel de tránsito del grupo, en las proximidades de Amman, había tenido una oportunidad de oro. “Observa y no les pierdas de vista” – le habían ordenado y así lo había hecho. No sin dificultad, camuflado en un camión de transporte, pudo seguir a los tres españoles hasta el Wadi Musa o valle de Moisés, y posteriormente a las puertas de Petra. Disfrazado como un turista más, Selim les siguió, siempre de lejos, hasta que llegaron al Siq, el desfiladero de poco más de un kilómetro de largo y un centenar de metros de profundidad, que se adentran a través de las anaranjadas rocas, de la siempre bella y enigmática ciudad de Petra.

A Selim le confundía que aquellos tres personajes, supuestamente elegidos por la poderosa hermandad de “Los Nueve”, se comportaban como despistados turistas. A la entrada de Petra, contrataron caballos guiados por beduinos para bajar hasta la entrada de la garganta. No paraban de hacer fotos y reír, como si se trataran de simples viajeros risueños.

Petra, la ciudad perdida de los Nabateos, fue descubierta en 1812 por el suizo Johann Lewis Burckardt, que entró en ella disfrazado de beduino, descubriendo al mundo una de los grandes tesoros que guardaba Oriente. Burckardt fue guiado por la antigua leyenda del tesoro. Selim se sentía un poco como el suizo, observando como los ignorantes beduinos, disparaban la urna que corona la “Puerta del tesoro”, la gran tumba de cuarenta metros de alto que se abre tras el final del Siq, pensando que guardaba el tesoro de un faraón.

No era la primera vez que El Egipcio visitaba Petra, y siempre le embargaba la misma sensación: se sentía insignificante ante las imperturbables paredes talladas, lejos del dominio del tiempo. Tras una hora recorriendo las arenosas extensiones de Petra, supo a dónde se dirigían los españoles.

Tras un breve reposo en un palmeral, comenzaron la ascensión por las escaleras que conducían al casi inaccesible monasterio. Los peldaños arrancaban de un desfiladero. Selim sabía bien que la ascensión de 45 metros de altura, implicaba subir setecientos ochenta y nueve escalones bajo un sol de verdadera justicia y sin un ápice de humedad. No había otro camino, así pues, se arriesgó y, disimulando ser un turista más, contrató a un beduino que les subió a lomos de un pobre borrico.

El espíritu mercantilista de los árabes es legendario, pero hasta a Selim le sorprendió que, tras el aparatoso ascenso, y frente a la impresionante construcción a la que llamaban El monasterio o Al Deir, se levantará un chiringuito totalmente equipado con avituallamiento para los sedientos excursionistas, que terminaban de coronar la cima. Gentes de cien nacionalidades se mezclaban, maravilladas ante el espectáculo que se abría ante sus ojos.

Por fin, Selim identificó al contacto que le aguardaba a la sombra, en el interior de El monasterio. Se trataba de otro camellero del desierto, igual que en El Cairo. – ¿Cómo elegían Los Nueve a sus

agentes? Era un chico joven, ataviado con chilaba y sandalias que les había estado aguardando mientras tocaba una simple flauta de hueso – ¿No tenían miedo a llamar la atención? Uno de los españoles, el que parecía más gordo y viejo, habló un rato con él. Acto seguido el beduino entregó un objeto que Selim no alcanzó a ver, y se despidieron. Cinco minutos después, los españoles comenzaron el descenso.

El egipcio encendió su teléfono móvil, y comenzó a hacer gestiones. Media hora después ya había averiguado y reservada plaza en el siguiente avión que tomarían los españoles hacia su siguiente destino: la ciudad india de Bombay.

Capítulo 14

“Nuestro carácter es el resultado de nuestra conducta”

Aristóteles

Cuando bajaron del avión de la Royal Air Jordania, tras su aterrizaje en la ciudad india de Bombay, Julia tuvo la sensación de que la humedad y el calor agobiante le aplastaban la cabeza. Tras la sequedad de Egipto y Jordania, el cambio había sido demasiado brusco.

Desde la ventanilla, Julia había observado una ciudad deprimida, flanqueada en la costa por rampantes rascacielos, sí, pero con un mar de casas bajas comidas por la vegetación, y una humedad que parecía brutal. Lo que más les llamó la atención fueron los cuervos. Miles de ellos sobrevolaban el cielo encapotado, graznando con fuerza y creando una atmósfera opresiva que alarmó a los recién llegados.

Bombay o Mumbai como decían los hindúes es la capital del estado indio de Maharashtra y la ciudad más superpoblada y cosmopolita del subcontinente indio. A pesar de ser la capital económica de la India, su inmenso torrente humano la hacía alejarse una eternidad de cualquier concepto occidental de metrópoli financiera.

De camino al fastuoso Taj Mahal Hotel, un apocalíptico espectáculo se tendió frente a sus ojos: enormes avenidas atestadas de miles de vehículos sin espejos retrovisores, haciendo sonar su claxon constantemente, adelantándose, colándose o maniobrando alocadamente, en un devenir que hacía parecer cuerdos a los conductores del Cairo. Los viajeros enmudecieron con la visión de las aceras saturadas por contenedores de desperdicios, donde niños y ancianos famélicos revolvían en busca de alimentos, mientras enormes cuervos se disputaban con ellos los botines. Leprosos pidiendo limosna, golpeaban las ventanas del taxi a cada parada del vehículo. Julia no pudo evitar un par de gritos sobresaltados. Alex se limitó a decir: Bienvenidos a la India.

Tras superar dos grandes puentes, entraron en la gran bahía de Mumbai, que los portugueses bautizaron como Bahía de la Medialuna, debido a su forma, el paisaje humano se normalizó un poco. La llegada al Taj Mahal Hotel, frente a la espléndida Puerta de la India, símbolo de la ciudad desde los años veinte, fue como un balón de oxígeno y un gran contraste para los viajeros, vestigio del Imperio británico, el hotel era uno de los edificios más hermosos de la ciudad.

Aquel palacio de interiores decorados con espejos italianos, muebles ingleses y cristal de Bohemia, hacía trasladar la imaginación a las antiguas películas de aventuras, cuando el Imperio se tambaleaba y que una vez llenaron los carteles de Hollywood. El Taj Mahal Hotel era una verdadera joya arquitectónica del estilo victoriano colonial, con elegantes toques arquitectónicos de estilo indo sarraceno.

El último fragmento, antes de acudir a la cita en la sagrada ciudad de Benarés, sería entregado en Jaipur, a la que llamaban la ciudad rosa.

La cita en Jaipur, se situaba en un enclave denominado El palacio de los vientos. Jaipur estaba perdida en medio del Rajastán, la tierra de los reyes, donde se encerraban todas las grandes maravillas que siempre cautivan la imaginación del occidental, como es el caso de Agra, donde se levanta, hermoso, el emblemático Taj Mahal.

A Julia, toda aquella suerte de nombres y referencias exóticas se le antojaba como algo lejano, distante e irreal, en cambio, para Alex, cualquier experiencia era una maravilla, interesante e irrepetible, una perla para la memoria, que le dejaría un recuerdo imborrable. Uno de los primeros inconvenientes que se les presentó, fue la adaptación a horarios y comida. A Philippe y a Julia cada vez les costaba más ingerir algo, después de una semana fuera de España, la comida local les provocaba toda suerte de problemas intestinales, que les iban debilitando poco a poco, a diferencia de Alex que no tenía ningún tipo de problema de adaptación. Ante la creciente debilidad de Philippe y

Julia, Alex asumió el liderazgo del grupo, dejándolos descansando en la suite del hotel. Incansable, Alex se fue solo, para verificar los billetes para su salida en unas horas rumbo a Nueva Delhi, capital de la India.

A la salida del hotel, una vez más se sintió espiado: un taxi negro, modelo inglés y color negro, con el techo amarillo, le seguía. Cinco horas después, Alex regresó a la suite del hotel. El panorama que se encontró, le llenó de estupor. Tanto Philippe como Julia tenían todos los síntomas de haber contraído salmonelosis: fiebre, extrema debilidad y diarreas constantes, lo cual significaba que él mismo tampoco tardaría mucho en contraerla. Rápidamente se dio cuenta de que no se habían preparado para viajar a la India, no habían tomado ninguna precaución sanitaria, ni siquiera se habían vacunado. Tras proveerse en la farmacia del hotel de "Ciprofloxacin" y fuertes antidiarreicos, comenzó a medicar a sus compañeros, que presentaban ya tales síntomas de deshidratación, que apenas podían caminar. Pero tenían que seguir.

Al aterrizar en Nueva Delhi, Philippe comenzó a dar muestras de mejoría, el antibiótico era extremadamente potente y cortaba la enfermedad con dureza y prontitud. Unas pastillas contra la malaria y un spray antimosquitos, completaron el nuevo equipo de los incautos viajeros.

El Radisson Hotel Delhi no era el romántico palacio de Mumbai, pero hacía perder el habla a cualquier occidental poco acostumbrado al esplendor de la India más exquisita, un país de contrastes, capaz de aunar la más extrema pobreza junto a la riqueza más altiva y sublime.

Mientras Julia y Philippe continuaban reponiéndose en la breve parada del Radisson, Alex se sumergió en las tortuosas calles de la capital. La sensación de que alguien le vigilaba persistió, una vez más. Finalmente, encontró una agencia de conveniencia y contrató un vehículo con conductor, para que les condujera a su próximo destino:

la tierra del Rajastán.

Capítulo 15

“No hay más tinieblas que la ignorancia”

William Shakespeare

Las cinco horas de viaje en coche desde Nueva Delhi hasta Jaipur, fueron como un sueño, recubierto por ambiguas y oníricas visiones. Al paso por la autopista, poblados de paja y adobe se mezclaban con templos hinduistas, puestos de venta e improvisadas ciudades prefabricadas, que trataban de imitar con bastante torpeza y dejadez el modernismo occidental, en medio de un interminable manto verde con intermitentes toques ocres y anaranjados.

-

Es una verdadera lástima – afirmó Alex, desde el asiento delantero junto al conductor.

-

¿El qué? – le interrogó Julia, visiblemente mejorada.

-

La dejadez. Este país tiene más ruinas que el mismo Egipto. ¿Cuántos misterios se habrán tragado la humedad?

-

Sí, la pena es no tener suficientes recursos para rehabilitar todo su patrimonio – continuó Philippe.

Súbitamente, el conductor frenó con brusquedad, dando un susto enorme al grupo. Cuando Alex quiso interrogar al conductor sobre el motivo de aquella loca maniobra en medio de una autopista totalmente vacía, aquel, visiblemente asustado, le explicó que no quería atropellar a una paloma que se había posado en medio de la carretera. Al parecer, aquel hombre profundamente religioso, creía que aquella criatura podía ser la reencarnación de un pariente cercano, y su muerte le podía deparar algún tipo de horrenda y desastrosa suerte cárnica. Por un instante, Philippe recordó con una sonrisa traviesa, la cantidad de animalillos que había maltratado

durante su niñez. El conductor pertenecía a la casta de los parías, el estrato más bajo de la sociedad religiosa india. A Alex le sorprendió, como aquel hombre sencillo de origen campesino, se sentía orgulloso de su destino y cultura, conformándose con la aspiración de mejora en alguna vida posterior a la que le había tocado vivir. La realidad de la India moderna, era que muchos se habían ido desligando de las viejas ataduras religiosas pero, aun así, millones de personas, sobre todo en áreas rurales, seguían supeditadas a los tabúes y mandamientos del estricto código ético y religioso hinduista.

Jaipur o la Ciudad rosa, fue llamada así por la pigmentación de sus fachadas. Aquella ciudad singular era la capital del estado de Rajastán. Se trataba de una ciudad relativamente moderna, ya que fue construida en el siglo XVIII por el maharajá Jai Singh II. Aquel color característico al que Jaipur debía su sobrenombre y que tan llamativo resultaba a los ojos de los viajeros, no siempre fue rosa. Hacía 1883 la ciudad se preparó para recibir con este color al príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria de Inglaterra.

Cuando atravesaron el monte que da acceso al Palacio del Agua, justo a la entrada de Jaipur, Alex se fijó en una camioneta destartalada que al parecer les había ido siguiendo la mayor parte del viaje.

-

No os he dicho nada hasta ahora – les comentó Alex, mientras el conductor hacía una parada para repostar en una gasolinera, poco antes de la entrada a la ciudad.

-

¿Decir qué? – le preguntó Philippe.

-

Desde Jordania, he tenido la sensación de que alguien nos seguía, intermitentemente, pero siempre había alguna persona o vehículo que parecía llevar nuestra misma dirección y ruta, durante largos periodos

de tiempo.

-

¿Crees que son los tipos de El Cairo? – dijo Julia.

-

Quizás, – Alex miró su reloj – solamente sé que no vamos a parar en Jaipur más de lo imprescindible, según el conductor, no queda nada para llegar al Palacio de los Vientos. Una vez allí, esperaremos la media hora que queda para encontrarnos con el último agente, y saldremos corriendo de regreso a Delhi, para tomar el vuelo hacia Benarés.

-

Me tienes sorprendido. Lo estás calculando todo como si fueras un espía internacional.

-

¿Quién dice que no lo sea? – Aquella última afirmación de Alex dejó a todos callados y pensativos.

El Palacio de los Vientos tenía una fachada colosal, compuesta por cinco plantas repletas de elaboradas celosías. Su arquitectura populista se había desarrollado con materiales autóctonos, como los mármoles blancos y la piedra roja. Aquella espectacular visión, combinaba ventanales y grandes portones de arcos poli lobulados, típicos del arte mongol del siglo XVIII. El espectáculo de la contemplación del principal símbolo de la capital del Rajastán, dejó mudos, por un instante, a los asombrados viajeros.

Y ahora, ¿qué? dijo Julia mirando a Alex mientras el conductor estacionaba el coche en la acera de enfrente al emblemático edificio.

Un segundo después de salir del coche, un muchacho de unos diez años se acercó a Alex, invitándole, en perfecto árabe a seguirle. Philippe no estaba muy convencido de abandonar la seguridad del vehículo, pero finalmente se dejó llevar por la insistencia del muchacho de cara redonda y ojos oscuros. Las calles de Jaipur eran un

mar de tenderetes y talleres artesanos, de talla de piedra, joyas, alfombras, maderas y todo tipo de perfumes aromáticos. Alex quedó con el conductor cerca de las puertas de la ciudad, justo por donde habían entrado.

Tras quince minutos deambulando tras el muchacho, atravesando las tortuosas y estrechas calles de la ciudad, ambientadas con el aroma a incienso que lo inundaba todo, acabaron por llegar a un taller joyero sumergido en el subsuelo de la ciudad. Un anciano enfermizo y famélico, de largas y pobladas barbas grisáceas les invitó a sentarse, bajo la cansada luz de una bombilla amarillenta.

Tras las preliminares salutaciones, el muchacho que les había guiado hasta allí, les sirvió un té. Philippe y Julia no podían comprender nada de la charla en la que el anciano y Alex se habían enzarzado. Después de más de media hora de acalorado debate, el viejo dio una palmada, y el muchacho reapareció ofreciendo al español el último de los discos. Aquella mezcla de vocablos en sánscrito y árabe no había obstaculizado la comunicación entre los dos hombres que terminaron la charla con un fuerte apretón de manos. Aquel gesto, no necesitaba traducción. Philippe y Julia entendieron que aquel anciano les estaba deseando suerte.

Al ascender por la empinada escalinata de madera que conducía el taller y subir al nivel del suelo, los peores temores del grupo se materializaron de golpe: Selim, El Egipcio, les aguardaba acompañado por un nutrido grupo de sicarios hindúes.

-
Bueno, nos volvemos a encontrar – dijo Selim. Al terminar la frase y, de entre la multitud, apareció el conductor de su vehículo. Iba maniatado y le habían dado una buena paliza. Tras un empujón, el hombre cayó al suelo.

-
¡Animales! ¿Es que no sois humanos? – dijo desconsolada Julia, que se

lanzó a desatar y socorrer al hombre malherido.

-

¿Qué quiere? – le preguntó Philippe en castellano.

-

Quiero el ordenador y todos los discos que han ido recopilando. Tengo prisa ¿sabe?

-

¿Y si no se los entregamos? – contestó Alex, con aire altivo.

-

Entonces, los tomaremos por la fuerza – contestó Selim, señalando la bolsa de viaje donde Alex se cargaba a la espalda el portátil.

-

Pues creo que esta vez no va a ser posible darle nada, amigo y, diciendo esto, Alex sacó una pistola del bolsillo.

El gesto amenazador de Alex sorprendió a todos, incluidos Philippe y Julia que no se esperaban la reacción de este. Alex los miró con una sonrisilla divertida.

-

Os perdisteis ir de compras por Mumbai. Es increíble lo que uno puede encontrar en los bazares.

Al terminar la frase, Philippe ayudó a Julia a incorporar al maltrecho conductor. Seguidos muy de cerca por la atenta mirada de Selim y sus esbirros, el grupo se internó una vez más en las atestadas calles de Jaipur, en un desesperado intento por despistar a sus perseguidores.

Tan pronto como desaparecieron, Selim y los suyos salieron corriendo tras ellos, pero no sabía que el conductor era nativo de Jaipur y conocía perfectamente los entresijos y recovecos de sus calles. Tras un par de vueltas, el conductor guio al grupo hasta una casa baja, justo enfrente del observatorio astronómico. La parada sirvió a Alex para conectar el portátil y cargar la última partida de datos. Un

interminable catálogo se abrió ante sus narices, mostrando diagramas y esquemas comentados en una lengua, cuyos caracteres no fue capaz de ubicar.

-

¡Asombroso!
Una lengua desconocida.

-

Bueno, al menos tú no la conoces rectificó Philippe

. Efectivamente. Es más, me atrevería a decir que esta lengua no es de este mundo.

-

¿A qué te refieres? – le interrogó Julia.

-

Mira estos diagramas, parecen bastos tratados de ingeniería, física, química, literatura y quién sabe qué más. Estamos contemplando seguramente una auténtica enciclopedia desconocida.

-

¿Sigues empecinado con tus teorías conspiratorias de ciencia ficción? No existen los hombrecillos verdes.

-

¿Y por qué no? ¿Lo sabes tú? Porque yo no lo sé, Philippe. Hay demasiadas cosas inexplicables en este mundo.

-

¿Cómo qué cosas?

-

Pues miles de cosas Philippe. Nadie puede explicar realmente quién hizo la pirámide de Keops. La única argumentación científica para datarla y atribuirla a un faraón, es que contiene un único cartucho tallado en piedra con su nombre y, sin embargo, muchos pensamos se hizo a posteriori. ¿Y qué me dices de Perú, a quinientos kilómetros al

sur de Lima en las pampas de Nazca, Palpa y Socos? Allí, en planicies que se encuentran a más de seiscientos metros de altitud, existen cientos de líneas rectas que en algunas ocasiones superan el kilómetro de longitud, con formas de grandes triángulos, rectas y dibujos de animales o formas antropomórficas solo visibles desde un avión, y que el tiempo no ha podido borrar. O las maquetas de reactores elaboradas en oro en tumbas precolombinas de Chiapas en México. La lista de evidencias históricas que los científicos han decidido ignorar, es enorme.

-

Vale, vale. Es evidente que en estos temas no puedo discutir contigo.

-

¿Nos cuentas tu teoría Alex? – le preguntó Julia, visiblemente nerviosa y afecta por lo sucedido.

-

Creo que no estamos preparados. Me refiero a la humanidad general, para recibir estos conocimientos. No sé quién los transmitió, pero creo que la idea de Ashoka de preservar y ocultar esta información hasta que llegara una generación capaz de utilizar para el bien tanto conocimiento, era la más acertada.

-

¿Pero de dónde proviene? – continuó Julia.

-

Pudo existir otra cultura, que fue destruida por una gran guerra. Muchos textos sagrados comienzan con “la guerra de los cielos”.

-

Y terminan con otra guerra.

-

Pudo ser un grupo de gentes venidas de las estrellas… La verdad es que, ahora mismo, no me parece lo más importante, porque no vamos a dar con la solución al enigma. Solo me importa llegar a Benarés.

-

¡No llegareis a Benarés! – dijo la voz de Selim, asomado a una de las ventanas del piso bajo de la casa, derribando la puerta para entrar, seguido por sus esbirros.

Esta vez portaba un arma. Súbitamente y, sin que Alex pudiera hacer nada para impedirlo, cuando Selim y los suyos ascendían por las escaleras hacia el piso donde se encontraba el grupo, Philippe se tiró en plancha sobre "El Egipcio" para neutralizarlo sin prever la reacción de este, que disparó su arma derribando al incrédulo Philippe. Julia gritó horrorizada, mientras el conductor trataba de apartarla, escondiéndola tras un armario. Alex chilló de furia, sacó su pistola y devolvió los disparos a Selim, que cayó abatido. El resto de los ignorantes matones contratados por él, huyeron despavoridos, tirando los toscos palos y piedras con los que se habían armado.

Cuando Alex quiso acudir a socorrer a su amigo ya era tarde. La bala de Selim le había perforado el corazón causándole la muerte instantáneamente. Aquel juego infernal, había dejado de ser una aventura divertida y original para convertirse en algo muy peligroso y real. Selim aún balbuceaba moribundo, en una postura retorcida, tendido en la escalera. En un último intento de hacerse con el control de la situación, sacando fuerzas de donde no las tenía, levantó su arma apuntando al desprevenido Alex. "¿Cómo he podido fallar tanto, con estos aficionados?", se interrogaba así mismo.

¡Cuidado! – gritó Julia, poniendo en guardia a Alex, al tiempo que Selim disparaba rozándole el antebrazo.

Cuando Alex recuperó el control de sí mismo, devolvió el disparo a Selim, impactándole directamente en la cara, que quedó totalmente destrozada e irreconocible. Julia corrió hacia el cuerpo ya inerme de Philippe, llorando desconsolada. Todo había ocurrido muy deprisa, había pasado un segundo desde que sintiera su aliento palpitante muy cerca, hasta que se había marchado para siempre.

Pero no había tiempo para lamentaciones. El conductor les alertó. Los esbirros de Selim no tardarían mucho en regresar, quizás acompañados por la policía. El hombre estaba agradecido por haberle salvado de sus agresores, y proveyó a los viajeros con ropas nativas con las que ocultarse y pasar desapercibidos. Con el alma desgarrada por el dolor, Alex y Julia abandonaron el cuerpo de Philippe al cuidado de su nuevo aliado.

Tras despistar a una nueva partida de perseguidores, Alex consiguió negociar con un taxista su regreso a Nueva Delhi. Ya no había tiempo que perder, debían llegar a Benarés y entregar la información antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 16

“Preferiría ser esclavo del más pobre campesino, antes que reinar sobre los muertos”

Frase atribuida a Homero

Albert Fleming no podía conciliar el sueño. Tumbado en su camastro del barracón de oficiales, no hacía más que darle vueltas a la nota que había aparecido misteriosamente bajo su almohada.

“No se fíe de nadie. Activar un supe volcán está más cerca de lo que imagina… Firma 88”

Albert no entendía cómo había llegado esa nota a su cama, ni qué relación tenía con el artefacto que se encontraba estudiando. Sin embargo, recordaba los escalofriantes estudios que hablaban de una de las hipotéticas causas de la extinción de los dinosaurios, alrededor de doscientos millones de años atrás, en una recóndita región siberiana. ¿Se refería a eso la nota?

Los geólogos y paleontólogos hablaban de un colosal agrupamiento de rocas y lava fundida que surgió a la superficie. Enormes volcanes entraron en erupción constante durante miles de años. Esta hecatombe que se estima, se repite cada cincuenta mil años, terminó por extinguir al noventa y ocho por ciento de las especies vivas del planeta. Algunos geólogos hablaban incluso de que en el parque Yellowstone, en EEUU, que mide más de dos mil kilómetros cuadrados, existía uno de estos supervolcanes oculto y latente bajo su subsuelo.

Albert Fleming continuó dando vueltas, repasando datos en su aturdida mente. También recordaba un reciente estudio, que relacionaba la explosión del supe volcán hace setenta y cuatro mil años, que se encontraba en la isla de Sumatra, y que provocó un brusco y súbito cambio climático, durando varios decenios. Con la investigación que un grupo de genetistas intentaba completar, para averiguar qué le pasó a nuestra especie durante el periodo comprendido entre los ochenta mil a los setenta mil años antes de

Cristo, como para reducir el número de individuos tan bruscamente, que la humanidad pudo muy bien enfrentarse a su propia extinción. Habían alcanzado este conocimiento tras evaluar las escasas diferencias en el ADN entre los distintos grupos raciales del planeta. La única explicación venía a ser la de la existencia de un tronco único y común, algo directamente relacionado con un suceso que provocó la extinción del resto de razas o especies vivas, reduciendo el número de sujetos vivos casi hasta la extinción, haciendo que en todas las familias raciales humanas existiesen notables coincidencias heredadas de ese reducido grupo superviviente a la hecatombe.

¿Podía estar relacionado ese suceso con el artefacto que enterraron los sumerios? Las preguntas se amontonaban en la mente de Albert.

Súbitamente, las luces de toda la base se encendieron y una sirena prorrumpió con brusquedad en medio del silencio nocturno. ¿Qué estaba ocurriendo? Albert se vistió como pudo y salió corriendo por el campamento, hacia el centro de control. El científico quedó horrorizado al comprobar que Thomson y el resto de técnicos militares habían seguido haciendo pruebas con el artefacto, sin el consentimiento y conocimiento de Fleming.

-

Pero ¿qué está haciendo Thomson? ¡¿Se ha vuelto loca?!… le increpó Fleming. Thomson parecía muy agitada, hasta el punto que parecía faltarle el aíre.

-

Tenemos órdenes del doctor Fleming. La comandancia no estaba dispuesta a esperar ver que revelaban sus estudios arqueológicos, y nos han ordenado que comencemos a efectuar los experimentos oportunos para determinar la naturaleza del artefacto.

-

¿Sin mí?

-

Sin usted doctor. Lo siento… Creo… que nos hemos equivocado… ¿Cómo podemos solucionar esto?

Pero aquello ya estaba descontrolado. Una gota de sudor frío surcó la frente morena de la teniente Thomson, consciente de que aquel experimento se les había escapado de las manos. Los técnicos militares habían sometido al artefacto a una prueba de radiación, efectuando sobre el mismo una prueba de sensibilidad a distintas gamas radiactivas, para valorar la naturaleza y el espectro de los metales que lo componían. Albert miró las lecturas del monitor central. La temperatura de la esfera central había comenzado a subir. De repente, toda la sala enmudeció de terror. En una imparable subida, la temperatura de la esfera interior subió hasta alcanzar lecturas jamás vistas con anterioridad. Al parecer, habían activado algo que los antiguos sumerios trataron de evitar.

Capítulo 17

“Si la tercera Guerra Mundial se hace a golpes de bombas atómicas, los ejércitos de la Cuarta Guerra Mundial combatirán con mazas”

Albert Einstein

Julia y Alex sabían que el viaje tocaba a su fin. Apenas dos horas antes habían llegado a la sagrada ciudad de Benarés, en el norte de la India. El recorrido desde Jaipur, no había estado carente de cierto dramatismo. El recuerdo de Philippe y el horror vivido, estuvieron a punto de superar cualquier espíritu de continuidad. Sin embargo, Alex consiguió convencer a Julia para no abandonar la loca cruzada que habían emprendido, hacía ya casi dos meses. De Jaipur huyeron hasta Agra, donde, siempre camuflados como hindúes, atravesaron cientos y cientos de kilómetros hasta regresar a Nueva Delhi.

En Delhi, los fugitivos tomaron un avión que les condujo hasta la lejana Benarés. De momento habían esquivado a la policía, pero ambos sabían que andaban tras ellos y el círculo se estaba estrechando, el miedo se mezclaba con la humedad y los mosquitos, convirtiéndose en una sombra malintencionada.

Hacía unos días, un periódico usado cayó en las manos de Alex. Las noticias eran inquietantes. El acontecimiento les hizo fijarse, una vez más, en el mundo que les rodeaba, lejos de sus problemas. Al parecer, las emisoras de radio y las televisiones de todo el mundo no hablaban de otra cosa, algo estaba ocurriendo en Irak, algo que estaba obligando a evacuar al ejército norteamericano. Según decían los noticiarios, una terrible tormenta magnética se había declarado en medio del desierto iraquí, millones de personas abandonaban las ciudades hacia las fronteras de las vecinas Turquía y Jordania, huyendo de ese extraño fenómeno sin precedentes conocidos.

Realmente, nadie sabía nada sobre las causas de aquel fenómeno insólito. Los científicos discutían entre sí, sin llegar a ponerse de

acuerdo, tan solamente se sabía con certeza, que tenía forma circular y que su diámetro se iba incrementando en varios kilómetros cada día, estableciendo una increíble temperatura en su interior arrasándolo todo. El fenómeno había comenzado como una especie de tormenta de arena, portadora de un calor abrasador, pero conforme evolucionaba, iba adquiriendo nuevos efectos, alterando magnéticamente todos los componentes electrónicos que encontraba a su paso y acompañándose esporádicamente por fuertes temblores sísmicos. Ya se había producido algún efecto colateral, como un gran tsunami en el golfo Pérsico. Los más catastrofistas hablaban del fin del mundo que casualmente había comenzado allí donde la Biblia situaba el antiguo paraíso: entre los ríos Tigris y Éufrates.

Alex estaba convencido de que aquel fenómeno estaba relacionado con la información que celosamente guardaban, por la que había muerto su amigo Philippe. El convencimiento le llegó por sí solo. Aquella misión era más importante que sus propias vidas y solamente ahora, después de haber vivido lo vivido, estaban convencidos del significado y la trascendental importancia de su cometido. Julia había ido experimentando una metamorfosis progresiva, apenas quedaban ya restos de su antiguo carácter, de la mujer que era cuando decidió emprender el viaje junto a Philippe.

Andando por las calles de la milenaria ciudad, llegaron a los Ghats o las escaleras que conducen al río sagrado, el Ganges. Miles de devotos hinduistas vestidos con el rojo de los peregrinos y el amarillo de la santidad, efectuaban los rituales de purificación, sumergiéndose y bebiendo de las aguas sagradas, mientras recitaban oraciones védicas. Para un hinduista, visitar Benarés tenía la misma trascendencia y significado que para un musulmán visitar La Meca.

Benarés, Varanasi o Casi, como la llamaban los más devotos, era una de las ciudades habitadas más antiguas del planeta. Algunas calles, seguían el mismo trazado que el que tenían hace cinco mil

años. El nombre de la ciudad provenía de su ubicación en la confluencia de los ríos Varuna y Assi, donde según los hinduistas, el señor Shiva o Pragma o Visnu comenzó la creación del mundo. Los hindúes creían que morir en Varanasi era el equivalente a recibir un billete directo, para una reencarnación mejor.

Hacía una hora que había amanecido. Los tonos cálidos se mezclaban con destellos plateados y azules, reflejados sobre las aguas grises. Alex percibió un fuerte olor a quemado, pero prefirió callar. Hacía mucho que había decidido dejar de ilustrar a su amiga con las grandes connotaciones culturales de aquel viaje. Se lo guardó para sí, pero Alex sabía que aquel humo era el resultado de la incineración de cadáveres. Sin embargo, los esfuerzos Alex no evitaron la visión que Julia contempló: de repente, la joven distinguió la sombra de un cadáver a lo lejos, unos trescientos metros más allá de las escaleras donde se encontraban. El cadáver mutilado era presa de perros callejeros que lo despedazaban con avidez.

Hacía tiempo que lo había leído, cuando alguien moría muy joven o por circunstancias desconocidas, era arrojado directamente al río; tal era el caso de los muertos por infecciones como la lepra o la viruela, de esta forma, los hinduistas pensaban que se limpiaba el Karma. Sin embargo, aquella agua donde eran arrojados los desdichados era la misma agua donde bebían y se purificaban los peregrinos.

Lejos de horrorizarse por la escena, aquel lugar le transmitió una paz interior como jamás había experimentado en su vida. Los milenarios palacios, en la ribera del río, se mezclaban con el paisaje humano multicolor, mientras los santones de largas barbas y togas, pintados con pinturas rituales, hacían sonar las campanas para despertar a los dioses. Los peregrinos iban y venían, con el corazón inundado de felicidad al haber alcanzado el final de su viaje. La brisa fresca de la mañana, prometía un nuevo día.

Los viajeros se acercaban a la orilla, cuando de repente una voz

con acento alemán y en perfecto castellano, les llamó la atención tras ellos.

-

¿Han llegado? –dijo un hombre, vestido con un elegante traje oscuro, de pelo canoso.

-

¿Quién es usted? – dijo Alex, dándose la vuelta, al igual que Julia, sorprendido y desencajado, por encontrar a un occidental de traje en aquel lugar perdido en medio de las cortinas del tiempo.

-

Mi nombre es Hermann Higgins y soy la última persona con la que contactarán en su viaje. –Tras decir esto, Alex se dio cuenta de que estaban completamente rodeados por policías uniformados indios que habían permanecido ocultos entre la multitud.

-

Usted no es el agente de “Los Nueve”.

-

Cierto. Y usted, Alejandro Mata, no es el marido de esta joven, el difunto Pietro.

-

¿Qué quiere? – dijo Julia compungida y nerviosa. Se sentía ahogada en medio del cansancio y la desdicha.

-

Ahora ya no quiero nada – Higgins miró su reloj – lo cierto, es que solo quería conocerlos.

-

Perdón, ¿cómo dice? – Alex estaba confundido.

-

Hace dos días, tener el contenido del portátil de Pietro completo nos hubiera ayudado en la realización de nuestros planes, y quizás a controlar la situación desatada en Irak, pero ya es demasiado tarde.

-

¿Demasiado tarde para qué?

-

Para usted, para mí, para todos, señor Mata. Ahora ya nada es importante. ¿No lee la prensa o ve la televisión? El final de los tiempos ha llegado.

-

Su gente mató a Philippe – dijo Julia, encendida de ira.

-

Cierto y la suya mató a mi agente. Selim “El Egipcio”. Entonces, estamos en paz.

-

Sigo sin entender. ¿Por qué ha venido usted aquí, y por qué ya no quiere algo que seguramente ha costado muchas vidas custodiar y tanto esfuerzo reunir? continuó Alex.

-

Escuché sus teorías y conjeturas sobre la información que ha ido recopilando. Me pareció usted un científico brillante señor Mata.

-

¿Cómo que escuchó?

-

Tenían micrófonos y dispositivos de seguimiento ocultos. Incluso para los detectores de los aeropuertos, por eso pudimos seguirles por medio mundo.

-

Maldito seas.

-

No se enfade Julia, ya no tiene sentido. Nada tiene sentido. La cuestión es que en gran medida don Alejandro tenía razón. Con muy poca información llegó a entender cosas ocultas para los ojos de la gente, pero ya es demasiado tarde.

-

Sigo sin entenderle.

-

Unos estadounidenses encontraron algo en las arenas de Irak, algo que no pudieron entender. Fue un descubrimiento ciertamente casual. Lo manipularon indebidamente y esto ha provocado una catástrofe de proporciones apocalípticas. No hay donde esconderse, ni a dónde ir. El futuro está sentenciado. Así pues, después de todo, me pregunté, ¿por qué no?, quería venir a conocerlos en persona y a saludarles. Un poco después de acabar con mí rival, claro. La persona con la que realmente se debían encontrar. Pero esa era una satisfacción de la que no me quería privar antes de llegar el fin. Cada uno afronta la muerte como mejor le parece, y conocerlos a ustedes que, sin entenderlo han tenido una implicación tan activa en todo este asunto, era un privilegio que igualmente, no quería perder.

-

¿Por qué deberíamos creerle?

-

No importa señor Mata. Como le he dicho, ya no importa nada. Si me cree o no, es cosa suya. Como le he dicho, ha sido un placer conocerlos.

-

Dígame una cosa – dijo Julia.

-

Sí.

-

¿Qué hubiera ocurrido si hubiéramos tenido éxito, si le hubiéramos entregado a su legítimo dueño el conjunto de documentos de “Los Nueve”?

-

Eso es muy relativo. Desde nuestro punto de vista, el emperador

Ashoka no era el legítimo dueño de ese saber arcano, y en cuanto a la pregunta, le diré que tampoco hubieran evitado nada puesto que “Los Nueve”, se soportaban sobre ciertas herramientas tecnológicas en los últimos tiempos para ocultar su información. Pero seguían a años luz de entenderla. En el fondo seguían siendo los mismos ridículos monjes escribas, que una vez transcribieron los textos originales para el emperador.

-

Me niego a creerlo – sentenció Julia.

-

Crea lo que crea, le repito: ya no importa.

Y diciendo esto, Herman Higgins desapareció al igual que los militares que le custodiaban. Alex y Julia se quedaron solos, rodeados por una multitud de fieles a los que sus vidas y problemas les eran indiferentes. Con los corazones compungidos, confusos y hundidos, miraron una vez más el horizonte, allí donde los Vedas hablan del comienzo del mundo.

Esperando el fin.

TOLMARHER

Descubre otras novelas y más sobre TOLMARHER en:

- ✓ Web oficial con todas las novelas:
  https://tolmarher.com
- ✓ Canal Telegram:
  https://t.me/Canal_Tolmarher
- ✓ Canal YouTube:
  https://www.youtube.com/c/Tolmarher